AKAL

HISTORIA DEL MVNDO ANTIGVO

24

GRECIA

LA PENTECONTECIA





GRECIA



Director de la obra:

Julio Mangas Manjarrés
(Catedrático de Historia Antigua
de la Universidad Complutense
de Madrid)

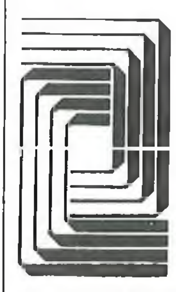
Diseño y maqueta:

Pedro Arjona

Los Berrocales del Jarama
Apdo. 400 - Torrejón de Ardoz
Madrid - España
Tels.: 656 56 11 - 656 49 11
Depósito Legal:M17.493-1989
ISBN: 84-7600-274-2 (Obra completa)
ISBN: 84-7600-388-9 (Tomo XXIV)
Impreso en GREFOL, S.A.
Pol. II - La Fuensanta
Móstoles (Madrid)
Printed in Spain

LA PENTECONTECIA

Domingo Plácido



Indice

Introducción

Se llama Pentecontecia al período de cerca de 50 años (*pentékonta étea*) comprendido entre el final de la segunda guerra médica (479) y el comienzo de la guerra del Peloponeso propiamente dicha (431). No es desde luego una época de paz, porque en ella Atenas continuó sus acciones contra los persas y, por otro lado, se desarrolló la llamada primera guerra del Peloponeso, entre otros acontecimientos bélicos. Su unidad se define porque queda encuadrada entre dos de las guerras más importantes de la historia griega antigua.

Además, en el terreno de las artes plásticas, se corresponde con el clasicismo de los estilos severo y fidíaco, duplicidad que no deja de ser significativa del mismo proceso histórico: ni artística ni políticamente la Pentecontecia representa una unidad estática. No se puede pasar por alto, por supuesto, el hecho de que el clasicismo artístico se prolongue a lo largo del siglo siguiente, por medio de la adopción de formas específicas. En lo que respecta a otras manifestaciones culturales, llega a su madurez la actitud crítica representada por el movimiento sofístico, y alcanza su edad de oro la tragedia: retórica y teatro se continúan durante la guerra del Peloponeso y el siglo IV, en que la oratoria adquiere sus formas clásicas, pero por ello no dejan de ser fenómenos característicos de la época aquí tratada. Hay que considerar, en efecto, que se producen como manifestación propia de la ciudad democrática en su consolidación y apogeo.

Aunque Pericles comienza su carrera política a partir de, aproximadamente, la mitad del siglo, sin embargo, es esta época la que también suele conocerse como «El Siglo de Pericles». Las concepciones históricas personalistas han hecho, de lo que es realmente la obra de la colectividad política, un fenómeno protagonizado por un solo hombre. Con todo, y siempre que se tome con las debidas precauciones y con la conciencia clara de que se sabe lo que se quiere decir, puede admitirse que la figura de Pericles es representativa de los rasgos sustanciales del proceso histórico que se va a examinar.

I. Consecuencias de las Guerras Médicas

Esparta

Desde 481, Esparta había tenido la hegemonía de la Liga helénica, formada, ante el peligro persa, como ampliación de la Liga del Peloponeso. Sin embargo, da la impresión de que, en la práctica, a los lacedemonios sólo les interesaba la defensa del territorio correspondiente a la misma península que daba nombre a la primitiva Liga.

Durante las guerras médicas, se habían mostrado reacios a salirse de las fronteras del istmo. Ya en el momento de la batalla de Maratón, había habido razones poco claras que les impidieron acudir en ayuda de los atenienses, cuando éstos se enfrentaron a las tropas persas allí desembarcadas. También en Salamina la estrategia fue puramente defensiva. Euribíades estaba dispuesto a llevar las naves al istmo de Corinto y combatir delante del Peloponeso (Heródoto, VIII, 57); y fue en el istmo donde se construyó un muro defensivo (VIII, 71) que impidiera la entrada de los persas. Al terminar la batalla, el ateniense Temístocles propone tomar la delantera a las naves persas fugitivas cortando a través de las islas, y dirigirse al Helesponto para destruir los puentes construidos por los enemigos en su expedición de ataque a Grecia, con lo que les impedirían la retirada y podrían derrotarlos



Lecito ático blanco
(Hacia el 450-440 a.C.)
Museo Nacional de Atenas

de manera contundente. Euribíades se opuso a este plan, en la idea de que ello significaría un gran daño para Grecia, porque obligaría a los persas a permanecer en Europa (VIII, 108). El plan de Temístocles consistía en pasar al ataque, el de los espartanos en dar por terminada la contienda una vez que su territorio había quedado fuera de peligro.

Después de la batalla de Mícala, los vencedores se reunieron en Samos y debatieron sobre el futuro de los jonios. Leutíquidas y los peloponesios defendieron la propuesta de despoblar Jonia y dejarla en manos de los bárbaros. A sus habitantes los asentarían en las tierras de los que se habían puesto al lado de los persas. Decían que iba a ser imposible protegerlos siempre frente a sus vecinos si se quedaban en su país. Fue la oposición ateniense la que impidió que este plan se llevara a cabo (IX, 106). La protección de los jonios significaría la continuación de la lucha contra los persas y la posibilidad de obtener el control naval del mar Egeo.

Esta actitud espartana puede explicarse por la existencia de problemas dentro del Peloponeso, que provocaban la inseguridad de la hegemonía en el seno de la primitiva Liga. En efecto, durante esos años estallarían conflic-



Templo de Atenea Niké

tos con Argos, Tegea, Elis, Mantinea, e incluso con algunas comunidades de periecos. Sin embargo, desde comienzos de la guerra, había habido diferencias también dentro de la misma Esparta. La expulsión de Demarato en 491 significó, en principio, el triunfo de Cleómenes, que defendía una postura panhelénica y antipersa. La actitud política espartana no era, por entonces, monolítica.

Tampoco lo sería al terminar la guerra médica en 479. En 478 hubo varias opciones. Pausanias, el vencedor de Platea, con 20 naves del Peloponeso y 30 de Atenas, y con tropas de los demás aliados, hizo una expedición contra Chipre, a la que sometió en gran parte, y luego se dirigió a Bizancio, de la que se apoderó tras un asedio (Tucídides, I,94). Pero Tucídides cuenta (I,95) que los jonios protestaron contra su actitud tiránica y los lacedemonios lo hicieron volver. Enviaron primero a Dorcis con un ejército pequeño y, luego, como los jonios se negaron a aceptarlo, se retiraron y cedieron tranquilamente la hegemonía. Pausanias sería objeto de determinadas acusaciones.

Por su parte, Leutíquidas planeaba la expansión continental, por medio de la expulsión de quienes habían tomado la opción de apoyar a los medos y el asentamiento de los jonios en sus tierras. A pesar de que la segunda parte del plan no había tenido éxito en el momento de la propuesta tras la batalla de Mícala, entre 478 y 476 se hicieron varias expediciones a Tesalia, sin éxito. Hacia 475, Esparta sólo había ganado enemigos. Leutíquidas fue exiliado y murió en Tegea el año 469.

Finalmente, triunfó la opción consistente en recluirse en el Peloponeso y abandonar todo proyecto expansivo. Cuando Esparta acepta el distanciamiento de los jonios, lo hace, comenta Hammond (1973), entre voluntaria e involuntariamente, en una tensión entre ambas actitudes. Tucídides mismo (I,95,7) pone de relieve que lo que temían era el alejamiento de sus jefes militares. Como consecuencia de las guerras médicas se habían encontrado con que la continuación de la hegemonía griega, que conllevaba la protección de los jonios y, por tanto, el expansionismo a larga distancia, podía entrar en contradicción con su hegemonía en el Peloponeso, y les interesó más la conservación de ésta. Pero esta contradicción (hegemonía griega / hegemonía peloponésica) está en función del sentido que pueden tener las opciones mismas, principalmente la protagonizada por Pausanias, que, a pesar de ciertas oscuridades, se encuentra mejor documentada por las fuentes, si bien es verdad que, por otra parte, dado el carácter del personaje, su historia se prestaba a la inclusión de ciertos rasgos novelescos y a tergiversaciones.

Pausanias

En efecto, los planes de Pausanias pueden haber chocado con los intereses de los espartanos más asentados como poseedores de tierras. Cuenta Diodoro (XI,50) que, en el año 475, los lacedemonios soportaban con dificultad el haber perdido la hegemonía del mar de modo poco razonable, por lo que, en una reunión de la Gerusía, decidieron hacer la guerra a Atenas para recuperarla. Cuando se convocó la Asamblea, los más jóvenes y muchos otros estuvieron de acuerdo, en la consideración de que así obtendrían muchas riquezas, de que Esparta en su conjunto se haría más grande y más poderosa y las haciendas de los privados alcanzarían la prosperidad. Interpretaban un antiguo oráculo en el sentido de que Esparta quedaría «coja» si perdía una de sus dos hegemonías. Al estar casi todos los ciudadanos a favor de la propuesta, en la sesión de la Gerusía nadie esperaba que alguien se atreviera a proponer otra cosa, hasta que uno de los miembros de la misma, de nombre Hetemá-

ridas, del *genos* de los Heraclidas, es decir, de uno de los clanes de mayor alcurnia, a los que también pertenecían las casas reales, que por su virtud gozaba de aceptación entre los ciudadanos, se atrevió a proponer que dejaran la hegemonía en manos de los atenienses, pues a Esparta no le interesaba el dominio del mar. Y ésta fue la propuesta aprobada.

Pero Pausanias no hizo caso y emprendió un segundo viaje a Bizancio. Tucídides (I,128-134) explica que, después de su regreso anterior del mando en el Helesponto, y de ser sometido a juicio y declarado inocente, sin recibir misión oficial, sino a título privado, con una triere se fue al Helesponto, según decía, para emprender la guerra «helénica», pero, de hecho, para hacer política junto al rey, pues aspiraba al imperio griego. Previamente, ya se había congraciado con él, al dejar libres a los prisioneros persas, en su anterior estancia en Bizancio. Al mismo tiempo, le había enviado una carta, en que le pedía a su hija en matrimonio y le ofrecía la sumisión de Esparta y del resto de Grecia. Ante la respuesta favorable, Pausanias comenzó a adoptar las formas externas propias de los persas, en el vestido, en la escolta, en la mesa y en la dificultad para acceder a él. Según Tucídides, éste no sería el menor de los motivos de que los aliados se pasaran a los atenienses. La segunda vez que fue a Bizancio se comportaba de la misma manera. Y, luego, cuando tuvo que abandonar la ciudad, fue a Colonas, en la Tróade, donde intrigaba con los bárbaros hasta que los éforos lo hicieron volver, lo declararon enemigo público y lo encarcelaron. Por otra parte, se enteraron de que negociaba también con los hilotas, y les prometía la libertad y la ciudadanía si se sublevaban y colaboraban con él.

Esta última noticia ha hecho pensar a Cartledge que Pausanias pudo estar implicado en los conflictos internos que nacieron en Esparta a partir de una revuelta de hilotas en torno al 470. La situación crítica sería la que explicaría la violencia de la reacción suscitada contra él. Pausanias fue acusado de *medismo* y de incitar a la revuelta de hilotas a principios de la década de los 60. De otro lado, también estaba en el aire la acusación de intento de tiranía (Tucídides, I,95,3). Por ello, Wolski (1973) considera probable que Pausanias intentara cambiar la constitución de Esparta, para lo que pudo establecer contacto con los hilotas. Las luchas internas de Esparta serían la causa principal de la tragedia de Pausanias, y tales luchas tendrían como centro el conflicto entre la realeza y el eforado. El *medismo* sería un mero pretexto, dado que, en las circunstancias presentes, las guerras contra los persas habían exacerbado el espíritu «nacionalista» griego, y era ésta la acusación que podía tener mayor eficacia y con la que era más fácil despertar la animadversión general contra un contrincante. Así había ocurrido también en Atenas, en las luchas internas que tuvieron lugar en la década de los 80. Meiggs considera probable que hubiera contactos con los persas que dieran pie a la acusación, pero sólo en última instancia, en Colonas, cuando ya la situación de Pausanias se había deteriorado de hecho. Se había aprovechado su última actuación para generalizarla y convertirla en el motivo principal de la ofensiva contra él.

En definitiva, los espartanos temían la continuación de las expediciones a tierras lejanas que pudieran minar su estabilidad interna. Tras la guerra de 480-478, tenía que haber en Esparta una preocupación por la relación entre la población espartiata y la de los periecos e hilotas. El alejamiento de los espartiatas podía favorecer la ocasión para rebeliones en Laconia y Mesenia. E incluso podía deteriorarse la disciplina dentro de los mismos Iguales.

La cuestión de la hegemonía se



Los Propileos de la Acrópolis de Atenas

encuentra, pues, íntimamente ligada a la de los problemas propios de la sociedad espartana. Da la sensación de que Pausanias encarna una actitud consistente en intentar transformar el sistema, por lo que pudo identificarse con la tiranía y con las connotaciones orientalizantes que ésta solía llevar consigo; ese cambio iba unido a la pretensión de ampliar el dominio espartano más allá de las fronteras del Peloponeso. Ello implicaba la utilización de una flota para la que era necesario el uso de remeros. Para esto era preciso transformar el sistema de la dependencia, lo que explicaría su intento de atraerse a los hilotas. Algunos de éstos serían posibles beneficiarios al ser liberados para su utilización en el servicio militar en la flota. De esta manera, adquirirían un estatuto similar al de los *thetes* atenienses, es decir, incluso carentes de tierras, podrían alcanzar la libertad y la ciudadanía que les prometía Pausanias, en lo que actuaba como tirano. En Atenas, el mismo proceso se había completado con el desarrollo de la política naval de Temístocles. En ese momento, la estructura social espartana, sin cambios, no permitía el imperialismo, aunque, del texto citado de Diodoro y del relato mismo de Tucídides, se desprende que Pausanias no carecía de apoyos. Will (1980) considera que el triunfo de la política contraria fue el de los prudentes, el de los hombres oscuros de la Gerusía y del eforado. La situación social espartana ofrecía varias opciones a los Iguales: el inmovilismo y la renovación, que se traducen también en actitudes frente a la política hegemónica.

Formación de la Liga de Delos

Pausanias marchó de Bizancio expulsado por los atenienses. Los primeros pasos de las luchas por la hegemonía resultan de los problemas internos de cada ciudad, pero también se interfieren con ellos. Después de la batalla de Platea, Plutarco (*Arístides*, 20,1) sugiere que ya entonces comenzaron a notarse síntomas de la posterior contienda



Atenea pensativa
(Hacia el 460 a.C.)
Museo de la Acrópolis, Atenas

entre Atenas y Esparta. Aristides desempeña, para él, el papel conciliador. En esta línea hay que situar su propuesta (21,2) de que se creara un ejército griego de 10.000 hoplitas, 1.000 jinetes y 100 naves para la guerra contra los bárbaros. Ello implicaría la continuidad de la Liga helénica de 481.

Después de la batalla de Mícala, lo que se plantea, según Hammond (1973), es la admisión de los jonios en la Liga helénica. Que ésta sea una propuesta ateniense sería coherente con la de Aristides tras Platea, en el sentido de que ambas se orientan hacia la continuidad y ampliación de la alianza y la pervivencia de los objetivos de la lucha contra los persas. Aunque tampoco triunfó la propuesta de Leutíquidas, sin embargo, el resultado representaría un fracaso ateniense. La solución de compromiso fue la admisión en la alianza de los samios, los quiotas, los lesbios y los demás isleños (Heródoto, IX,106). Pero Atenas y los isleños, como miembros de la Liga helénica, no serían libres para aliarse a los jonios continentales. Triunfaba de momento la teoría espartana consistente en que los griegos no estaban en condiciones de garantizarles la protección.

A continuación, los vencedores se dirigieron hacia el Helesponto con la intención de deshacer los puentes. Pero, cuando llegaron, éstos habían sido destruidos. Leutíquidas y los peloponesios decidieron volverse a Grecia, Jantipo con los atenienses desembarcó en el Quersoneso para poner sitio a Sesto, principal base persa en la península (Heródoto, IX,114). El asedio se prolongó durante el invierno de 479 a 478, y el asalto victorioso de Jantipo tuvo lugar en la primavera de este último año. Sesto era la base perfecta para las naves que viajaban a través de los estrechos. Esta es la última acción militar que menciona Heródoto. No deja de tener importancia que la atribuya exclusivamente a los atenienses, no a la Liga helénica. Sin embargo, Diodoro, XI,37,4-5, aunque da el protagonismo a los atenienses y a Jantipo, dice que éstos iban acompañados de jonios e isleños. En ello se muestra que, como es natural, la historiografía estima que esta acción fue, de algún modo, el primer paso para el acceso de Atenas a la hegemonía, pero también que puede haber una acción aliada sin los lacedemonios y tal vez con jonios no admitidos en la Liga helénica.

Sin embargo, Tucídides, al contar el mismo episodio (I,89,2) dice que los lacedemonios se retiraron a su patria con los aliados del Peloponeso, y que permanecieron, y atacaron Sesto, los atenienses y los aliados de Jonia y el Helesponto, ya liberados del rey. De ello, Hammond (1973) deduce que Jantipo, en Sesto, actuaba bajo las órdenes de Leutíquidas y, todavía más tarde, de 478 a 477, Aristides actuaba bajo las órdenes de Pausanias, que había recibido el cargo de «estratego» de los griegos (Tucídides, I,94,1). Serían actuaciones de la Liga helénica, no orientadas a la liberación de los jonios, sino a bloquear el paso de Asia a Europa gracias al control de Chipre y el Helesponto.

Aquí hay que situar la conducta violenta de Pausanias, que empujó a los jonios, recientemente liberados del rey, a la irritación y al acercamiento a Atenas, a la que pidieron que se hiciera cargo de la hegemonía; los atenienses aceptaron. Tras el tímido envío de Dorcis, los espartanos reconocieron que los atenienses eran competentes y amigos, y abandonaron la Liga con todas las ciudades del Peloponeso. La iniciativa jónica y la pasividad ateniense pueden, sin embargo, cuestionarse, sobre el fundamento de otras fuentes. Heródoto (VIII,3) dice que los atenienses, con el pretexto de la *hybris* de Pausanias, arrebataron la hegemonía a los lacedemonios. Para Aristóteles (*Constitución de Atenas*, 23,4), fue Aristides quien empujó a los jonios a la defección de la alianza de los lacedemonios, aprovechando las quejas

contra éstos motivadas por Pausanias. Diodoro (XI,44,6) explica que Aristides supo aprovechar la oportunidad y que (XI,46,4) consiguió inclinarlos hacia los atenienses. Según Plutarco (*Arístides,* 23,1), sin armas, naves ni caballos, supo arrebatar a los lacedemonios la hegemonía. El cambio sería menos espontáneo de lo que representa Tucídides. Más que aceptar tranquilamente, hay que pensar que Esparta no puede reaccionar a causa de sus problemas internos: primero, Argos, Pausanias y los hilotas, pero luego también la complicación nacida del sinecismo de Elis y Mantinea, promovido por Temístocles después de su ostracismo (471/70), con lo que vuelven a interferirse los asuntos internos de Esparta y de Atenas.

Atenas aparece ahora como la cabeza de una nueva Liga. Aristóteles (*Constitución de Atenas*, 24,2) dice que los atenienses, convencidos y tras tomar el mando (*arché*), trataban más despóticamente a los aliados, excepto a los de Quíos, Lesbos y Samos. Plutarco (*Arístides*, 25,1) habla de juramentos a los que se daba solidez por medio de bloques de hierro arrojados al mar. Sería la que en tiempos modernos se conoce con el nombre de Liga de Delos.

La alianza que se había creado para la guerra contra los persas sigue vigente, dirigida por los espartanos y solapada con la nueva Liga. La acusación de los lacedemonios contra Temístocles será presentada precisamente ante el *synedrion* común de los griegos (Diodoro, XI,55,4) porque, según ellos, afectaba a toda Grecia; y, cuando los atenienses lo detuvieron, lo llevaron a someterlo a juicio ante «los griegos» (Plutarco, *Temístocles*, 23,6). Los lacedemonios la invocan también cuando solicitan la ayuda ateniense contra los mesenios (Tucídides, I,102,1). Y sólo como consecuencia del fracaso de tal colaboración, en el año 462, dice Tucídides (I,102,4) que los atenienses renunciaron a ella.

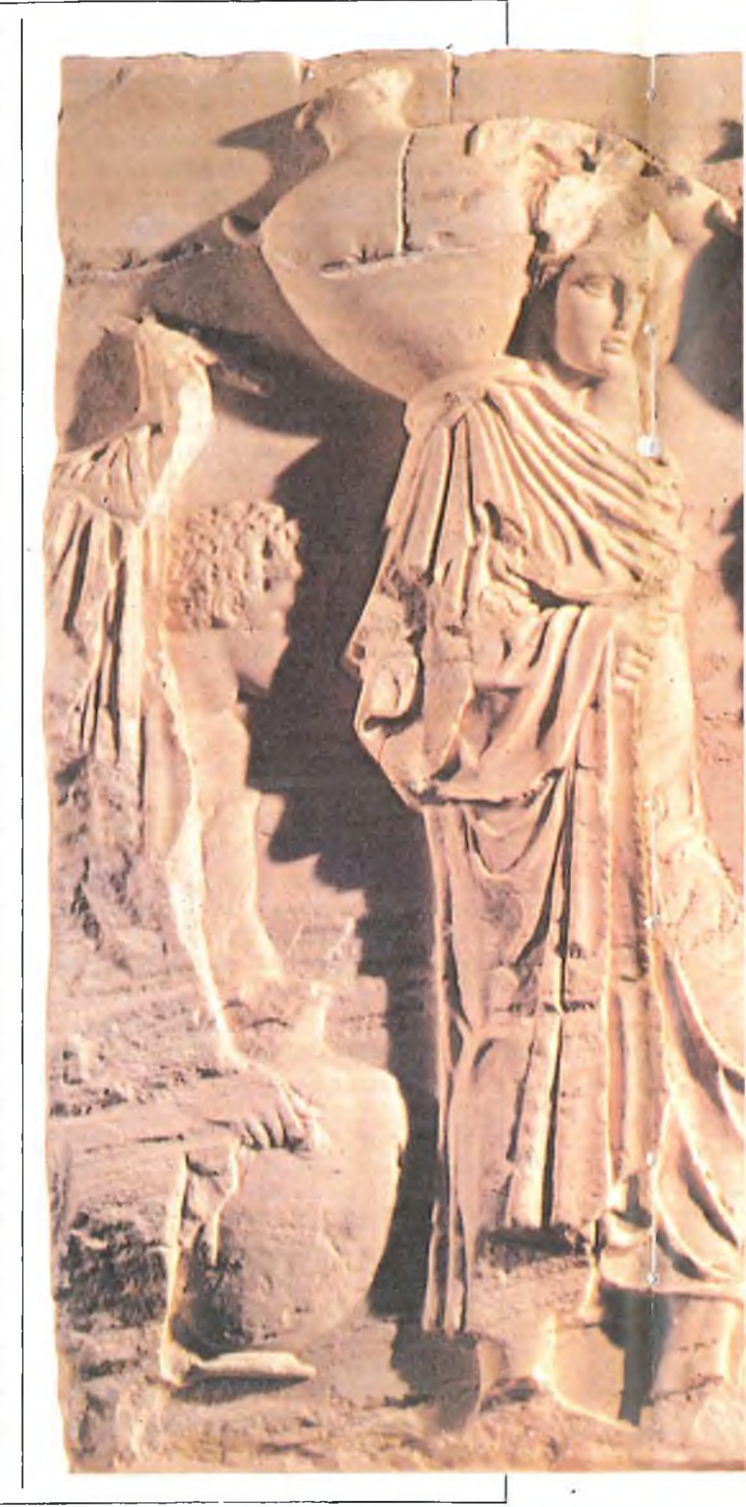
Hay, pues, una nueva alianza con las ciudades que aceptaron la hegemonía ateniense en año 478/7 que, desde un punto de vista moderno, se solapaba con la alianza griega. Pero éste era un problema que no se debía de plantear nadie en esa época. La formación de la Liga tenía un carácter pragmático, y no era precisa ninguna reglamentación referente a sus relaciones con la anterior.

Con las Guerras Médicas, Atenas se había convertido en la mayor potencia naval de Grecia, y los jonios parecían ver en ella una protección más segura. Según Plutarco (*Arístides*, 23, 4-5), los atenienses tomaron la hegemonía de la Liga por presiones de Quíos, Samos y Lesbos. De todos modos, como el protagonista concreto de las actividades diplomáticas atenienses es Arístides, hay que tener en cuenta, cuando las fuentes se refieran a él, que desde muy pronto es personaje objeto de polémica, y que muy frecuentemente se atrae alabanzas por su justicia, pero también es calificado como «zorro». Así pues, parcialmente dentro de la misma Liga griega, pero como una creación nueva e independiente y sin relaciones formales con ella, los atenienses establecían una forma de alianza que se conocería como «los atenienses y sus aliados», que, en principio, era una alianza entre Atenas y «los jonios». El cambio se debe a que, a partir del primer compromiso con éstos, Atenas crea alianzas separadas con Mitilene y otras ciudades no jónicas. Su juramento pudo haber sido el que transmite Aristóteles (*Constitución de Atenas*, 23,5), de «tener los mismos amigos y los mismos enemigos». Ello implica, según Hammond (1967), que desde el principio la alianza tenía carácter agresivo tanto como defensivo. Sin embargo, Meiggs (1979) considera, a partir del primer documento epigráfico conservado que contiene un juramento, que éste ya debía de incluir el compromiso de no abandonar «al pueblo (*plêthos*) de Atenas

ni de los aliados de los atenienses».

Hammond (1973) cree que el primer congreso común (*koinè sýnodos*) de los aliados estaba formado por éstos sin la participación de Atenas. Will (1980) no considera plausible tal opinión. Es cierto que, de Diodoro (XI, 47,1), podría deducirse la existencia de una organización bicameral, pero Meiggs (1979) cree en la existencia de un funcionamiento más simple y espontáneo, en que los *sýnodois* podrían celebrarse indistintamente con o sin la presencia de Atenas. Cuando se diga más tarde que los aliados son *isópsephoi* (Tucídides,III,11,4), se quiere decir que cada uno tiene un voto igual al de Atenas, no que el voto de los aliados en su conjunto sea igual al de Atenas. Rhodes, p. 6, se adhiere a esta interpretación, y en notas 3 y 4 expone las opiniones contrarias y favorables respectivamente. Posiblemente, dice (p. 9), era este consejo el que tomaba las decisiones hasta el posterior traslado del tesoro a Atenas.

Según Diodoro (XI,47,1), Aristides se dirigió a los aliados, que celebraban un congreso general, y les propuso la creación de un tesoro común en Delos, que procedería de un *phoros* (tributo) impuesto a todas las ciudades. Plutarco (*Aristides*, 24,1) lo cuenta de un modo un poco diferente: son los griegos los que se dirigen a Aristides para que se encargue de examinar la tierra y las rentas de cada ciudad a fin de que contribuyan según sus posibilidades. Aristóteles (*Constitución de Atenas*, 23,5) coincide en que fue Aristides quien fijó los primeros tributos a las ciudades. Tucídides (I,96) dice que el primer tributo fijado ascendía a 460 talentos y que también se estableció qué ciudades habían de aportar dinero y cuáles proporcionarían naves. Queda planteado el problema de si, en efecto, en lo que se refiere al tributo, las decisiones se tomaban exclusivamente por Atenas, o si, como admite Rhodes,



Friso de la parte norte del Partenón



no hay que descartar la posibilidad de que los miembros de la Liga pudieran intervenir en las decisiones sobre el montante y el carácter de las contribuciones.

Para atender a las necesidades creadas por la existencia del tesoro común, se fundó entonces por primera vez, entre los atenienses, dice Tucídides (I,96,2), una nueva magistratura, los *helenotamías*. La aceptación por parte de los aliados de que el cargo fuera exclusivamente ateniense parece estar en relación con la autonomía proclamada, y en principio respetada (Tucídides, I,97,1), para todos los miembros de la Liga, pues aquel monopolio no significaba una muestra de despotismo dentro de ese contexto autonómico.

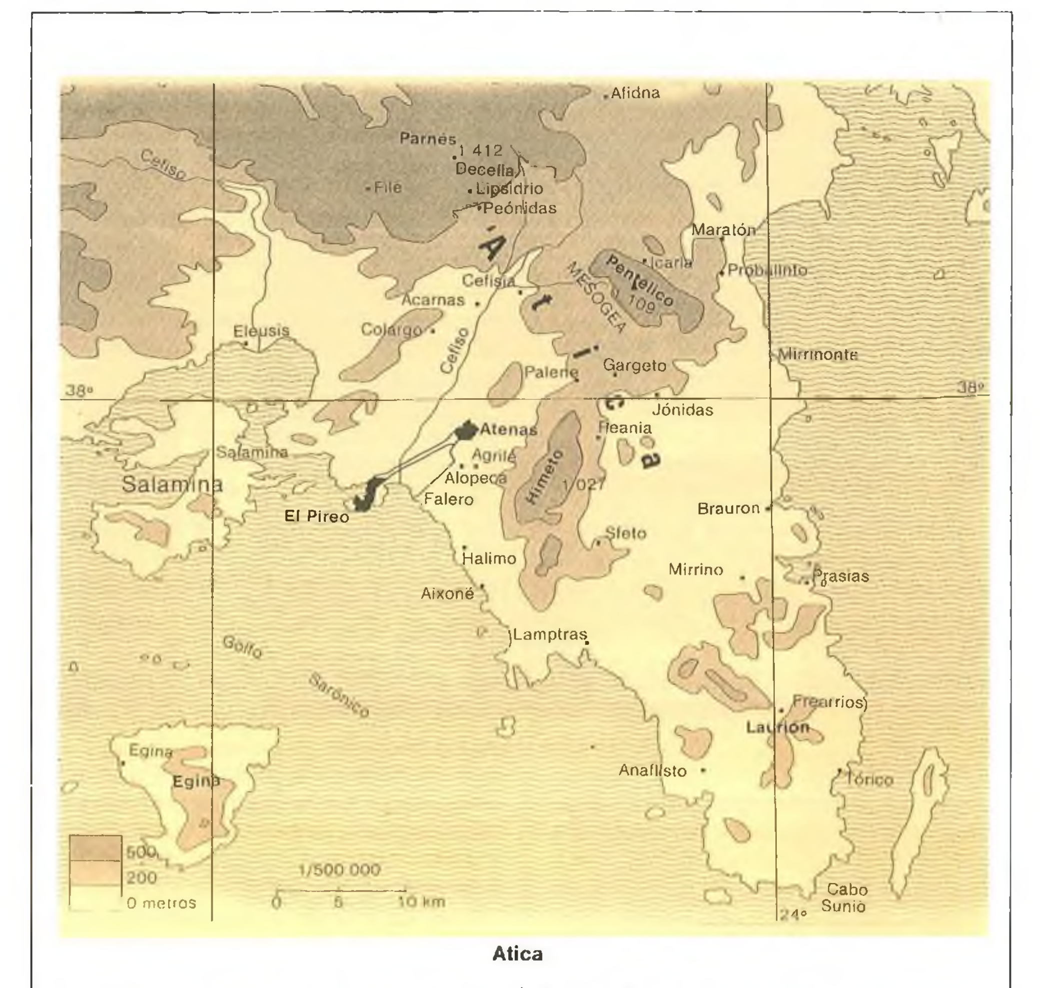
Algo más complicado es el problema de si, en efecto, la suma de 460 talentos es la establecida desde el primer momento. Para Rhodes (p. 8, con otras opiniones), se trataría de un cálculo optimista, pensando en el futuro. Se habría tratado de fijar el montante conveniente para cuando la Liga estuviera completa. De otro lado, de Tucídides (I,99,3) cabe concluir que, en un momento determinado, la aportación monetaria puede sustituir a la aportación naval. Otro problema es el gasto concreto en que se emplea el tesoro de la Liga. Meiggs (1979) ofrece varias alternativas: desde que puede servir para todo el costo de las campañas de la Liga, que cada ciudad gastaba en sus propios remeros, hasta que se pagaba en todo o en parte el contingente ateniense, sobre la base de que Atenas proporcionaba los servicios para proteger a sus aliados. Para todos los casos pueden encontrarse indicios. Ste-Croix (1954) ve en la aportación de remeros uno de los problemas de las relaciones entre Atenas y sus aliados.

Diodoro (XI,47,2-3) continúa diciendo que la distribución se hizo con el consentimiento de todas las ciudades. La justicia del acto redundó en beneficio del prestigio de Arístides y proporcionó la «estrategia» a Atenas.

A partir de los datos de la segunda Confederación ateniense del siglo IV, Meiggs (1979) cree posible que el procedimiento haya consistido en el envío de heraldos a las ciudades griegas de las islas y la costa del Egeo, después de las conversaciones entre Arístides y los navarcas y estrategos de Quíos, Samos y Lesbos, para invitarlos a mandar delegados a Delos, a principios del verano de 477, a inaugurar solemnemente la nueva alianza. Con ello adquiría connotaciones religiosas, dada la tradición cultual de la isla, pero la situación de ésta en el centro del Egeo también proporcionaba ventajas de orden práctico. En ella se completaría la formación de la Liga entre marzo y julio de 477. En la isla se depositó el tributo y allí se celebraban también las reuniones del Consejo (Tucídides, I,96,2). Pero no es preciso que tampoco en ese momento estuviera definitivamente establecido el tributo. Tal vez se hiciera varios años después de 477. Según *ATL*, no parece que en el primer tributo hubiera más de 300 talentos. Will (1980) cree que la Liga debió de tardar en estar completa unos veinte años. De todos modos, hay que considerar que el tamaño de la Liga había de ser lo suficientemente grande como para inspirar confianza a las expediciones planeadas por Atenas, alguna de ellas de gran alcance, como la que concluyó en la batalla del río Eurimedonte.

Características de la alianza

En los momentos iniciales, en 478 y poco después, los aliados veían en Atenas su única posibilidad de salvación, y ni siquiera se planteaban la posibilidad de que existiera un riesgo de intento de sumisión por su parte. El único peligro estaba claramente limitado a Persia. Ante él, Atenas aparecía como la ciudad benefactora y energé-



Atica

tica. El resultado era que poseía la dirección de la armada por el derecho que se desprendía de tales méritos. Will (1980) considera que, además del mando militar, la hegemonía ateniense consistía en la gestión de las finanzas comunes. Tucídides (I,97,1) dice que, al principio, los atenienses ejercían la hegemonía sobre los aliados «autónomos». El contenido exacto de la palabra en este contexto ha suscitado diversas interpretaciones. Dentro de las condiciones expuestas, la autonomía puede entenderse como algo teórico, que seguramente ni siquiera se planteaba, sino que se daba por supuesto, dado que lo importante era que Atenas cumpliera la misión que le había sido encomendada por la comunidad de las ciudades griegas del Egeo y Asia.

Tucídides (I,96,1) atribuye a los atenienses, como motivo para asumir la hegemonía, la intención de tomar represalias contra el territorio del rey. El mismo historiador considera que se trata de un pretexto. En realidad, no parece un programa adecuado para la creación de una alianza de aspiraciones ambiciosas. Diodoro (XI,44,1) habla de «liberar» a los griegos como el objetivo de la expedición enviada por los espartanos bajo el mando de Pausanias. Hammond (1973) cree que hay que entenderlo como una decisión de la Liga helénica, pero, de



El Partenón visto desde los Propíleos

otro lado, considera que existe un anacronismo tomado de su fuente, Eforo, imbuido de la ideología panhelénica extendida en el siglo IV. Rhodes, en cambio, no excluye que estuviera presente en los proyectos la idea de «liberar» a los griegos, lo que se llevaría a cabo, en la práctica, por medio de la protección de los que ya eran libres y la liberación de los que no lo eran.

La composición de la Liga era moderadamente heterogénea. Desde el punto de vista étnico, incluía ciudades e islas eólicas, pero predominaba el elemento jónico. Este hecho servía de fundamento para elaborar el sustento ideológico de la Liga, que se justificaba en el pasado ateniense de los jonios como procedentes de migraciones de los tiempos oscuros, lo que se reforzaba gracias al establecimiento del centro económico y político en la isla de Delos, sede tradicional de los cultos jónicos de las islas del Egeo. Desde el punto de vista político, entre los integrantes de la Liga hay ciudades oligárquicas y democráticas, e incluso gobernantes individuales en Caria. Sólo más adelante puede darse una cierta tendencia a la uniformidad democrática.

Sea cual fuere el estatuto jurídico de la Liga de Delos en relación con la Liga helénica, es evidente que, en el plano de los hechos, a partir de su formación, Grecia queda dividida en dos alianzas enfrentadas, aunque en teoría varias ciudades pertenecieran a ambas.

Temístocles

Desde el momento en que termina la guerra, empiezan a notarse diferencias entre Temístocles y Aristides en el campo de la política exterior. Plutarco (*Aristides*, 22,3; *Temístocles*, 20,1-2) atribuye al primero un plan, que no se aprobó gracias a los consejos de Aris-

tides («no había otro más útil ni más injusto»), consistente en quemar la flota de los griegos para que los atenienses fueran los más grandes y los señores de todos. Por otra parte, lo que Heródoto (VIII,108) atribuye a una diferencia entre Temístocles y Euribíades, cortar o no los puentes del Helesponto, lo cuenta Plutarco (*Arístides*, 9,5) como un episodio protagonizado por los dos atenienses (*Temístocles*, 16,2).

Plutarco (*Arístides*, 13,1) relata una historia que para algunos resulta inverosímil (*CUF, ad l.)*. En plena guerra, y cuando Atenas se encontraba en peligro, algunos atenienses de casa noble y rica, empobrecidos por la guerra, al ver que por ello perdían poder y prestigio en la ciudad y que otros tenían los honores y los cargos, se reunieron a escondidas en una casa en Platea, y conspiraban para destruir la democracia. Arístides se comportó con ellos de modo comprensivo. En todo caso, el episodio pondría de relieve las transformaciones político-sociales de Atenas durante la guerra y la peculiar posición de Arístides dentro de la democracia y ante la aristocracia.

Mientras el contingente ateniense asedia Sesto, el resto de la población vuelve a Atenas y se dispone a reconstruir la ciudad y las murallas. Al enterarse, los lacedemonios acuden en embajada, pues en general no les resultaba grato que sus aliados se amurallaran, pero sobre todo en el caso de Atenas, por miedo a su flota, que antes no existía, y por la audacia que habían mostrado en la guerra contra el persa; por ello trataron de impedirlo. Tanto en el intento espartano como en el modo de actuar ateniense, se nota hasta qué punto ha surgido la desconfianza entre ambas ciudades. La narración de Tucídides (I,89-93) indica que ve aquí una de las primeras manifestaciones de la rivalidad entre ellas. El sentido de los muros era la protección tanto frente a Persia como frente a Esparta. El protagonista del episodio,



Lecito ático de fondo blanco
(Hacia el 440 a.C.)
Museo Nacional de Atenas

en el campo ateniense, fue Temístocles, que marchó como delegado a negociar, pero, de hecho, entre tanto, los atenienses continuaron trabajando en los muros de la ciudad y del Pireo. Plutarco (*Temístocles*, 19) hace algunos comentarios. Con su plan de fortificación del Pireo, unía la ciudad y el puerto y favorecía la dedicación al mar, con lo que fortaleció al pueblo frente a los nobles al venir el poder a manos de los marineros, remeros y pilotos. El altar de la Pnix miraba hacia el mar, y los Treinta Tiranos en 404 lo cambiarían y lo orientarían hacia tierra, porque pensaban que el poder del mar era origen de democracia, mientras que la oligarquía disgustaba menos a los campesinos.

Otro aspecto de su política antiespartana estaría reflejado en Plutarco (*Temístocles*, 20), cuando se opone al castigo propuesto por los lacedemonios contra los que no lucharon contra los persas. Temístocles temía el fortalecimiento de Esparta, y ésta promocionaba la figura de Cimón como su rival.

Así, una vez garantizada la autonomía ateniense frente a Esparta e iniciada la serie de actividades en el mar independientemente de esta ciudad, la política antiespartana de Temístocles pierde virtualidad. Su éxito con las murallas acababa en sí mismo y no tenía continuidad. La definición de la autonomía ateniense frente a la hegemonía espartiana se orienta en otro sentido y aprovecha a quienes seguían una línea diferente. Por ello, triunfa la postura consistente en conservar la amistad espartana y proseguir la guerra contra el persa, que era la sostenida por Cimón, hijo de Milcíades, aristócrata que asume la tradición isonómica de Clístenes. El programa de Temístocles puede estar vinculado a un intento de hacer evolucionar la *politeia*, como resultado de las transformaciones que tuvieron lugar durante las guerras médicas. A ello se opone Cimón, apoyado por los sectores que ahora están interesados en aprovechar el dominio del mar, en un período de aumento de los cambios y de crecimiento de la explotación del trabajo esclavo; pero, también, apoyado por el *demos* triunfador, al que favorecía de modo inmediato la continuación de la guerra contra el persa, es decir, la consolidación de la flota en el dominio marítimo del Egeo. La dinámica de la victoria fomentaba el patriotismo antipersa, que servía de sustento a la acción bélica y a la amistad con Esparta.

En consecuencia, en 471/0, los atenienses votaron el ostracismo de Temístocles, que se refugió en Argos. Desde allí escribe a Pausanias, a Bizancio, y se habla de conspiración antiespartana. En efecto, en su recorrido por el Peloponeso, Temístocles apoya las actitudes definidas en este sentido. Desde 471/0, los eleos tienen una constitución democrática. También los tegeatas y otros arcadios se separaron de Esparta, aunque luego fueron derrotados, en 469 probablemente. Esto permitió en Argos el estallido de una revolución, y Temístocles tuvo que huir. Según Plutarco (*Temístocles*, 23), fue acusado en Atenas, y la acusación fue apoyada por los espartanos, mientras que, para Tucídides (I, 135), éstos envían embajadores a Atenas para acusarlo, y los atenienses se dejaron convencer. Plutarco (*Temístocles*, 23) declara que Pausanias lo incitaba, aprovechándose de su exilio, pero que él no colaboraba. Desde entonces, Temístocles, según se dice, hizo un recorrido por occidente (Corcira, Sicilia...), hasta dirigirse, al final, a Efeso y buscar la protección del rey persa. Plutarco (*Temístocles*, 28) dice que explicaba cómo había dejado huir a los persas porque era bueno para la salvación de su patria. Está claro que, para Temístocles, ahora, el verdadero enemigo de Atenas se encontraba en Esparta. Los argumentos contra él se tornaron en acusaciones de *medismo*. Su condena definitiva debió de tener lugar a principio de la década de los 60.

II. El Imperio Ateniense

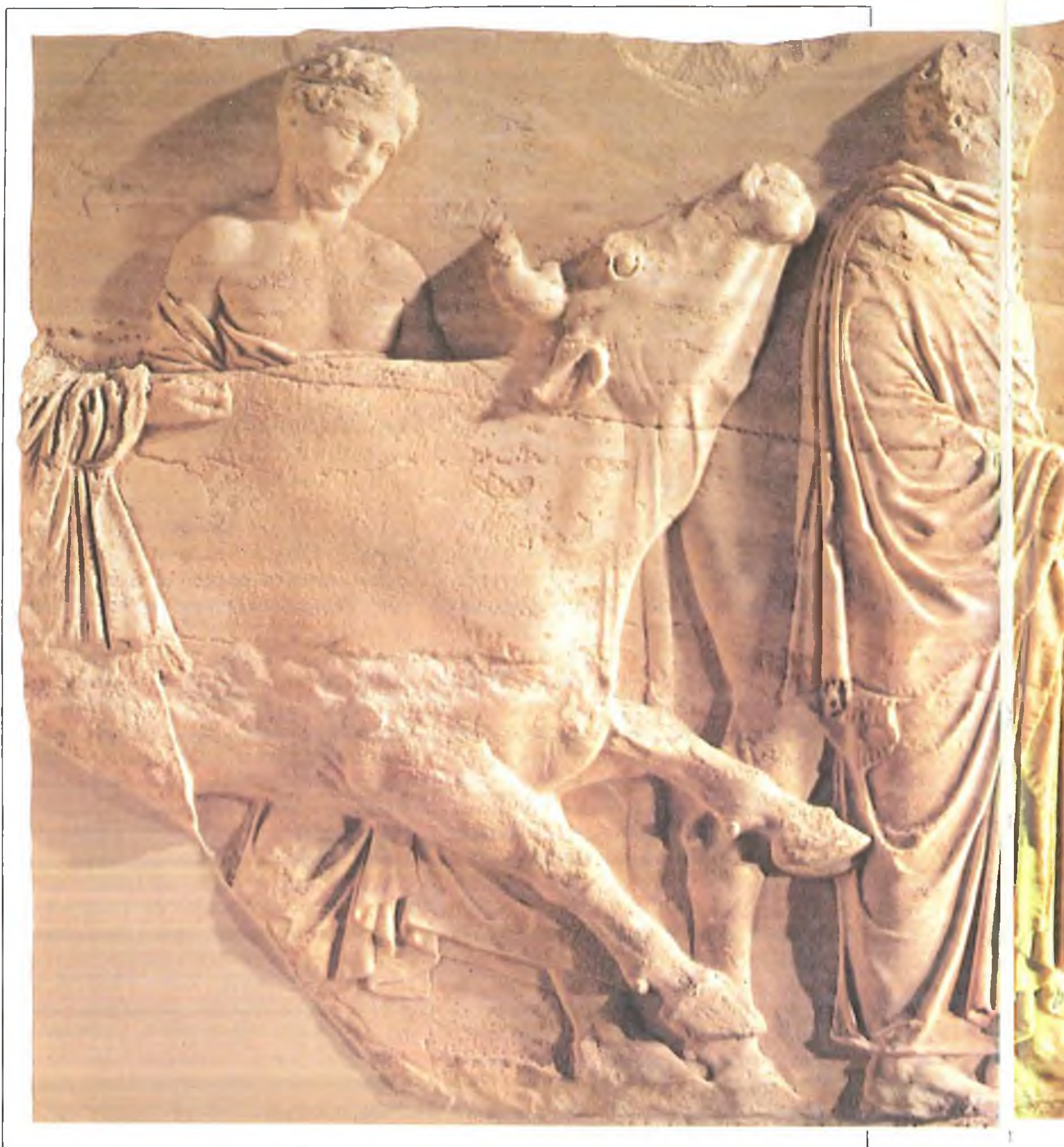
Actividad expansiva de la Liga de Delos

La primera acción de la Liga fue el ataque a Eón (477/6), junto al río Estrimón, lo que significaba prácticamente el final del dominio persa en Tracia. Cimón entregó a los atenienses la tierra, que era muy fértil (Plutarco, *Cimón*, 7). Al objetivo militar se suma un beneficio para el *demos* ateniense, que encuentra así tierra donde asentarse. Por ello dedicó hermes a Cimón, a su victoria, a su evergesia y al carácter heroico de los atenienses. Luego, fue Esciro (Tucídides, I,98,2), donde eliminan a los piratas y se establece un asentamiento de atenienses. Ofrece ventajas para ellos, pero también para los aliados, ya que uno de los objetivos y méritos de las talasocracias era liberar el mar de piratas; Tucídides (I,8), lo estima así desde la época de Minos. Esciros también era una base adecuada para la ruta de los estrechos, junto a Lemnos e Imbros.

Como en el caso anterior, esclavizaron a la población, que no era griega, pero tampoco tenía que ver con la guerra con Persia. Había un pretexto mítico e ideológico, que era la búsqueda de los huesos de Teseo y la venganza de su muerte. Plutarco (*Cimón*, 8,6) cuenta que esta acción sirvió especialmente a Cimón para ganarse la adhesión del *demos*. Control de los mares, esclavización y «grandeza» de la ciudad de Teseo son los tres factores que impulsan la política exterior ateniense y que repercuten en la política interior. Plutarco (*Cimón*, 8,2) se pregunta precisamente si el éxito de Cimón en Atenas no se deberá a que no se limitó a hacer la guerra, sino a que proporcionó tierras con la toma de Eón y, luego, con la colonización de Anfípolis. A lo anterior se suma, por tanto, el asentamiento de colonos. En estas acciones, los intereses de Atenas y factores procedentes de su política interna son los que se hacen predominantes sobre los posibles intereses de la Liga como tal.

Los atenienses hicieron luego la guerra a Caristo, sin la participación de los aliados (Tucídides, I,98,3). La ciudad, en el sur de la isla de Eubea, había servido de base a los persas en la campaña que los llevó a Maratón, pero debieron de influir también motivos estratégicos, dada la situación geográfica y su proximidad al Atica, y el hecho de que los atenienses consideraran que se beneficiaba de la protección de la Liga sin contribuir en nada.

Luego luchan contra Naxos, que había intentado abandonar la Liga (Tucídides, I,98,4). Para Tucídides, es la primera ciudad aliada que fue esclavizada «contra lo establecido». Meiggs (1979) considera que puede no significar la ruptura de un acuerdo



Friso de la parte norte del Partenón. Animal para el sacrificio

formal, pero sí un cambio en la forma de contribución. Existe también la posibilidad de que hubiera un cambio político en Naxos, como el del año 500 (Heródoto, V,30), en que existió un intento de los oligarcas de acercarse a los persas. El episodio de Naxos es el



que sirve a Tucídides (I,99) de punto de partida para hacer una serie de consideraciones sobre el retraso de los pagos y la coerción ateniense, pues ya no actuaban de acuerdo con los otros miembros de la Liga. La culpa, dice, era de éstos, porque ya no aportaban naves, sino dinero, y dejaban toda la fuerza militar en manos atenienses. El uso del verbo «esclavizar» es sin duda metafórico, pero contiene una fuerza significativa, que indica por lo menos que no fue tratada como aliada, sino como súbdito. Cuando comience la primera guerra del Peloponeso, probablemente sólo Samos, Quíos y Lesbos aportaban sus naves a la alianza. A causa de la presencia de Temístocles en la flota ateniense en Naxos, Meiggs (1979) considera que la capitulación de la isla debió de ocurrir en 467. Antes habría una serie de acciones contra los persas que justificaran el papel de Atenas en la Liga: en Caria, Licia..., así como la expulsión de Pausanias de Bizancio, que pudo ser en 470. Todo ello aumentaría el prestigio de Cimón hasta llegar a Eurimedonte, que Meiggs (1979) sitúa en el año 466. Rhodes, en cambio, cree que Naxos debe situarse en la década de los 70, y que el hueco en la información de Tucídides hay que atribuirlo al período entre Naxos y Eurimedonte. Will (1980) se sitúa en la misma línea, y piensa que desde 469 debe de haber surgido algún nuevo problema con los persas que reagrupó a las fuerzas aliadas, por lo que en este período no podría datarse una acción como la de Naxos. En este contexto, Cimón concentró las tropas en Cnido, se apoderó de Faselis y sorprendió a las tropas persas en la desembocadura del río Eurimedonte. El estratego se vio elevado así al rango de los grandes vencedores de las Guerras Médicas.

Las expediciones contra persas y carios, mencionadas sin fecha en las fuentes, podrían colocarse entre Eurimedonte y la revuelta de Tasos. Esta ocurrió tal vez en 465, y sirvió para interrumpir la nueva serie de acciones ambiciosas contra los persas. El problema había surgido en la costa, donde habían establecido, en *Ennea Hodoi*, «Nueve caminos», una colonia de 10.000 atenienses y aliados, en relación con las explotaciones mineras

del Pangeo. De allí los atenienses enviaron una expedición contra Tasos y desembarcaron en la isla (Tucídides, I,100,2; Diodoro, XI,70,1). Las consecuencias de la represión fueron, para algunos (Meiggs, 1979), el primer signo claro de la tiranía del dominio ateniense. Se pasa decididamente de la lucha contra el persa a la defensa de los intereses atenienses con la participación de los aliados. Los tasios abatieron sus murallas, entregaron las naves, se les fijó un tributo y renunciaron al continente y a las minas (Tucídides, I,101,3). Diodoro (XI,70,3-4), hace a este propósito unas consideraciones sobre la violencia del trato ateniense y la tendencia de los aliados a la rebelión. Se trataría de un paso más en la línea de «esclavización» que se ha iniciado, por lo menos, en Naxos.

Los espartanos prometen ayuda a Tasos por medio de la invasión del Atica, lo que demuestra que no sólo en Atenas había tendencias opuestas a la conservación de la convivencia. Sin embargo, aquéllos se vieron obligados a renunciar debido al terremoto que propició la revuelta de hilotas (Tucídides, I,101,2).

Política ateniense en tiempos de Cimón

Durante todo este período expansivo, en que se mezcla la lucha contra los persas con el control de la Liga, la política ateniense permanece dominada por un grupo reducido de familias aristocráticas encabezado por Aristides y Cimón, que, no sólo satisfacen con sus acciones los intereses de su grupo, sino que también consiguen la adhesión del *demos*. En ello desempeñan un importante papel los éxitos militares de Cimón. Por otro lado, tras las guerras médicas, al decir de Aristóteles (*Constitución de Atenas*, 23), el Consejo del Areópago se hizo fuerte y gobernaba la ciudad, no porque hubiera tomado la hegemonía sobre la base de ninguna ordenanza, sino por haber sido causa de la batalla naval de Salamina, con lo que se olvidaban los méritos de Temístocles. El prestigio alcanzado por el Areópago y la acción de las familias citadas pueden estar en la base de que se consiguiera su ostracismo. A partir de aquí, predomina la línea política partidaria de mantener buenas relaciones con Esparta. Sin embargo, la línea antiespartana y democrática debía de continuar vigente, y comienza a manifestarse en las actuaciones de Efialtes y de Pericles a partir de la batalla de Eurimedonte. Cuenta Plutarco (*Cimón*, 14,3-5) que, a la vuelta de Tasos, se consideró que Cimón había podido invadir Macedonia, y que no lo hizo por haberse dejado corromper por su rey Alejandro. En ese episodio estaría presente Pericles. Hay, sin embargo, dudas sobre su actuación en tiempos tan tempranos, porque en Tucídides no aparece atestiguada su presencia hasta la expedición al golfo de Corinto (I,111,2-3), en la segunda mitad de la década de los 50. En cualquier caso, esto coincidiría con el final de las preocupaciones asiáticas. La lucha activa contra los persas justificaba la política de Cimón, conciliadora con los espartanos.

En política interna, la suya es una actitud caracterizada por la *evergesia* individual. Una hija suya está casada con Calias, que era también famoso por su beneficencia y proteccionismo. De Cimón dice Plutarco (*Cimón*, 10) que, gracias a él, los pobres encontraban sustento y podían dedicarse a los asuntos públicos. El propio Plutarco, sin embargo, hace constar una restricción, tomada de Aristóteles (*Constitución de Atenas*, 27,3): cumplía brillantemente con las liturgias y además alimentaba a muchos de su *demos*. Plutarco continúa con la indicación de que repartía monedas. Posteriormente aclara que su política no era demagógica, sino aristocrática y laconizante. En 13,7, insiste en su labor construc-

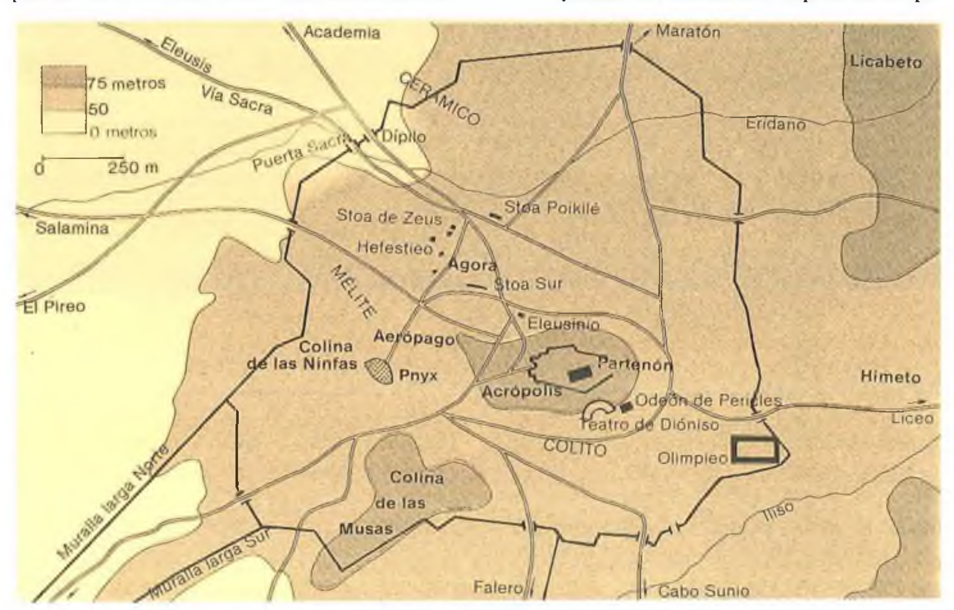
tora y urbanística dentro de la ciudad. El control marítimo hace de Cimón una figura típica del redistribuidor individual. El obtiene beneficios que, por medio de la liturgia y de las obras públicas, así como del reparto personal de monedas, redistribuye a los ciudadanos, especialmente a los más próximos, pero de tal modo que la reacción de éstos es el apoyo a su persona y a la política aristocrática y laconizante que él representaba. El sistema se corresponde con el preconizado por el escrito conocido como *Anónimo de Jámblico (DK,*89): la única garantía de que existe la *eunomía* es que la moneda circule y se evite la tesaurización; con lo que nace la solidaridad. La moneda cumple así una función como atenuante del desequilibrio social.

La situación aparentemente estable ocultaba, pues, tras de sí, un conflicto latente. La actuación de Tasos hizo posible vislumbrar algunos de sus síntomas. Pero la manifestación clara sólo se produjo como efecto de problemas surgidos en las relaciones con Esparta.

En 464, tuvo lugar el terremoto de Laconia que sirvió de ocasión para la revuelta de hilotas conocida como tercera guerra mesenia, justamente cuando la autoridad espartana parecía restaurada en el Peloponeso y la ciudad estaba dispuesta a intervenir con la invasión del Atica aprovechando el conflicto de Atenas con Tasos. La guerra pudo durar de mediados de los 60 a mediados de los 50. Rhodes, para aceptar estas fechas, sigue más a Diodoro que a Tucídides.

A pesar de todo, los espartanos pidieron ayuda a Atenas, donde se produjo un debate. Según Plutarco, citando a Ión de Quíos (*Cimón*, 16,10), Cimón exhortó a los atenienses a no dejar a Grecia coja ni a Atenas privada de rival; mientras que Efialtes (16,9) se oponía: no había que ayudar a la ciudad rival de Atenas, sino dejarla yacer y patear su orgullo. Triunfó la postura partidaria de enviar una ayuda, y se mandaron 4.000 hoplitas (según Aristófanes, *Lisístrata*, 1143).

Los espartanos, ante la duración del asedio al Monte Itome, donde se habían hecho fuertes los rebeldes, co-



Atenas



La Acrópolis vista desde el monumento de Filopapos

mienzan a sospechar de los atenienses, por temor a su audacia y brillo, y los hacen marchar, a ellos solos entre los aliados, como revolucionarios (Plutarco, *Cimón,* 17,3). Para Diodoro (XI,64,2), fue por la sospecha de que los atenienses se inclinaban en favor de los mesenios. Tucídides (I,102,3) dice que también pensaron en la diferencia de estirpe, pero que no desvelaron su desconfianza, sino que dijeron que ya no los necesitaban. Puede pensarse que, por lo menos desde el punto de vista de algunos atenienses, los mesenios estaban más próximos a ellos que los espartanos. Desde luego, eran griegos esclavizados, y la esclavización de griegos estaba borrada de la mentalidad ateniense desde hacía bastante tiempo, y se había fortalecido su oposición a ella con la lucha por la libertad que había significado la guerra contra los persas.

Los atenienses se retiraron irritados, y ésta se consideró la primera causa del enfrentamiento entre los dos estados (Diodoro, XI,64,3). A su vuelta, Cimón fue sometido al ostracismo con un pretexto pequeño, dice Plutarco (*Cimón*, 17,3), aunque antes ha dicho que los atenienses se mostraban claramente hostiles con los «laconizantes». En *Pericles* (9,5), dice que fue Pericles quien lo acusó de ser amigo de los laconios y enemigo del *demos.* Debió de ser en el año 461.

Las reformas democráticas

Entretanto, tuvieron lugar las reformas de Efialtes, en 462/1, aunque hay dudas sobre la atribución a Efialtes o a Pericles de algunas de las medidas democratizadoras. Posiblemente, la de mayor importancia fue la reducción de los poderes del Areópago. El debate sobre este tema se reflejaría años más tarde (454) en la *Orestía* de Esquilo, donde es dicho Consejo el que, con la colaboración de Atenea, absuelve a Orestes y



Lecito ático blanco
(Hacia el 440 a.C.)
Museo Nacional de Atenas

promueve la reconciliación entre lo viejo y lo nuevo con la integración de las Erinis en el culto ateniense.

Según Aristóteles (*Constitución de Atenas*, 25), al aumentar la multitud, Efialtes, que parecía insobornable y justo en lo que a *politeia* se refiere, se dedicó a atacar a la *boulé* (Areópago). Primero acusó a muchos areopagitas por su administración, y luego le quitó al Consejo del Areópago todas las funciones por las que se consideraba guardián de la *politeia* y las entregó a los Quinientos, al *demos* y a los tribunales.

Desde ahora, el Areópago conservaría sólo la jurisdicción sobre los crímenes de sangre y los asuntos de derecho sagrado; en cambio, por ejemplo, la rendición de cuentas de los magistrados debió de pasar entonces a la Heliea, aunque es probable que la *Boulé* de los 500 fuera el principal beneficiario de las medidas. Will (1980) hace algunas consideraciones sobre las causas y consecuencias de las reformas: en un plano general, Cimón se encontraba en una contradicción entre su actitud política y su apoyo al expansionismo naval, que potenciaba la capacidad de presión de los *thetes;* en un plano más específico, Cimón se había llevado a Mesenia a los hoplitas, los que eran precisamente su potencial apoyo social; finalmente, el año 462 puede considerarse la fecha auténtica del inicio de la democracia ateniense: desde ahora, la aristocracia sólo podrá gobernar si no entra en contradicción con la voluntad popular.

Es importante la descripción que hace Plutarco (*Cimón*, 11,2) de la estrategia sociomilitar de Cimón. Dejaba a los aliados que aportaran dinero y naves vacías, y que se dedicaran a su actividad campesina y mercantil, y embarcaba a los atenienses. Gracias al sueldo y a la paga de los aliados, los convertía en dueños de aquellos que les pagaban. Está claro que su sistema de expansión naval, que se apoyaba en el *demos* de Atenas, habría de llevar, de modo difícilmente evitable, a un fortalecimiento de éste que acabaría volviéndose contra él.

Efialtes murió asesinado poco después (Aristóteles, *Constitución de Atenas*, 25,4). Plutarco (*Pericles*, 10,7-8), después de aludir a la calumnia que atribuía el asesinato a Pericles, aclara que Efialtes era temido por los oligarcas e implacable en las rendiciones de cuentas y las acusaciones a quienes habían cometido injusticia contra el *demos*.

La primera guerra del Peloponeso

A causa del fracaso de la ayuda a los espartanos frente a los hilotas y la humillación que eso significó, los atenienses abandonaron la alianza que había surgido frente al medo y se hicieron aliados de los enemigos de aquéllos, los argivos, y ambos se unieron luego en alianza a los tesalios (Tucídides, I,102,4). Will (1980) considera que la alianza con Argos iba también dirigida contra Corinto, con quien ambas ciudades sostenían relaciones tensas. La Argos democrática se encontraba aislada dentro del Peloponeso. Ahora Atenas comienza en la península una serie de acciones militares cuyos enemigos son los corintios. Es la denominada primera guerra del Peloponeso, que responde, en el plano de la política interna ateniense, a la victoria de Efialtes sobre Cimón. Meiggs (1979) pone de relieve la posibilidad de que a esta época pertenezca la batalla de Enoe, en que combatieron contra los espartanos los atenienses que habían venido en ayuda de los argivos y que, paradójicamente, fue objeto de una de las pinturas que realizó Polignoto para la *Stoa Poikile*, «pórtico pintado», lugar relacionado con la familia de Cimón. Efialtes, suele considerarse heredero de las actitudes de Temístocles, tanto en lo que se

refiere al apoyo al proceso democrático como a la consideración de que Esparta era el principal obstáculo para éste y para Atenas. Las acciones militares de la época responden al interés exclusivo de Atenas, y no al de los miembros de la Liga. Sin embargo, Tucídides (I,105,2), en el ataque a Egina, menciona expresamente la participación de los aliados. El éxito de las campañas garantizaba el apoyo aliado sin problemas aparentes. En 459/8, los eginetas tuvieron que destruir sus muros, entregar las naves y fijarse un tributo para el futuro (Tucídides, I,108,4). Esto marcaría, para Will (1980), una etapa en la formación del imperialismo ateniense.

También Mégara se separó de los lacedemonios y buscó la alianza con los atenienses (Tucídides, I,103,4). En este caso, como en el de Argos, el enemigo era Corinto. Los atenienses ocuparon el puerto de Pagas y unieron Nisea a Mégara mediante la construcción de unos Muros Largos. Para Tucídides, fue el origen del odio que los corintios tenían a los atenienses. Luego los atenienses instalaron una colonia de mesenios de Naupacto, con lo que tenía continuidad su política de protección de la clase dependiente de los espartanos y se consolidaba su capacidad para controlar el golfo de Corinto.

Tucídides se refiere inmediatamente después (I,104) a la rebelión de Inaro, rey de los libios, vecinos de Egipto, contra el rey Artajerjes, para la que pidió ayuda a los atenienses. Estos se encontraban precisamente en ruta hacia Chipre en 460/59, pero abandonaron tal expedición para atender a la llamada. Iban naves de los atenienses y de los aliados. Meiggs (1979) considera que la expedición a Chipre pudo ser una reacción ante el fracaso de las conversaciones de Calias en Susa, mencionadas por Heródoto (VII, 151). Aquí también se menciona a los argivos, que buscaban la amistad, o al menos la no enemistad, por parte de Persia. Meiggs (1979) considera que éste es un momento en que el dominio griego del Mediterráneo oriental pudo llegar a ser más que un sueño. También cree que ésta puede ser la época en que los atenienses encargaron a Fidias, a costa del gasto público, la gran estatua de bronce de la Atenea *Próachos*, que debe considerarse, dice, propia de los demócratas radicales, y que por tanto no hay que atribuirla a la época anterior al ostracismo de Cimón en 461.

Tanto Meiggs (1979) como Rhodes se inclinan a pensar que fue en 458/7 cuando los atenienses establecieron la alianza con Egesta en Sicilia (Will, 1980, pp. 154-5, dedica una nota adicional a discutir los argumentos). De aceptarse así sería un dato más para atribuir a esta época un fuerte impulso expansivo en la recientemente reformada Atenas.

En el interior, los atenienses tomaban medidas que eran coherentes con su política exterior. Se construyeron los largos muros que unían la ciudad a los puertos del Pireo y del Falero. Con ello triunfaba la doctrina de que Atenas debía garantizarse principalmente el suministro marítimo. El otro factor necesario era el control de los mares. Socialmente, la responsabilidad de la defensa de la ciudad recaía cada vez más sobre los *thetes*; y, en consecuencia, también aumentaba su peso político. La contrapartida estaba en que con ello se propiciaba el abandono de las tierras del Atica en caso de invasión y, en el campo militar, la práctica de la guerra naval en detrimento de la tradición hoplítica.

En Atenas hay gérmenes de conflictos. En 458, los espartanos regresan de haber impedido el dominio de la Dóride por los focidios, y deciden esperar en Beocia porque algunos atenienses los llamaban en secreto, en la esperanza de hacer cesar la democracia y la construcción de los muros largos (Tucídides, I,107,4). Espartanos y oligarcas atenienses coincidían en sus intenciones.

Esta acción condujo, en definitiva, a la batalla de Tanagra, en que participan, con los atenienses, los aliados, a pesar de su remoto interés, y que significó una derrota para Atenas. Sin embargo, los atenienses reaccionan rápidamente bajo el mando de Mirónides y consiguen una victoria en Enófita, y con ella el restablecimiento de la influencia en Delfos a través de los focidios (Diodoro, XI,81-82). El control sobre Beocia es sólo político; no se establece tributo. En primer lugar, buscan el apoyo de los antifederales, pero sólo obtuvieron éxito con los demócratas (Ps.-Jenofonte, *Constitución de Atenas*, 3,11). Beocia y la Fócides quedan bajo control ateniense y privadas de autonomía hasta 447/6. En Egipto, al principio, los atenienses habían conseguido imponerse. También el rey envía a Esparta al persa Megabazo con dinero para persuadir a los peloponesios a que invadan el Atica y así los atenienses se retiren de Egipto (Tucídides, I,109,2).

En una relación no determinada con estos acontecimientos debe de estar la medida señalada por Aristóteles (*Constitución de Atenas*, 26,2), para el año 458/7, de que los *zeugitas* pasan a ser admitidos como arcontes.

En 456/5 se sitúa la expedición de Tólmides en torno al Peloponeso.

En 454, la expedición ateniense en Egipto es derrotada en Prosopitis. Esto marcó el final del movimiento por un tiempo, tanto hacia Persia como en Grecia central. Tucídides (I,112,1) habla de tres años de inactividad. Sin embargo, en 454/3, pueden estar localizados los movimientos de Pericles en el golfo de Corinto (Tucídides, I,111,2-3).

Parece haber, en cambio, ciertos movimientos en las ciudades de la Liga. En *IG*, I³-17, Sigeo es alabada por su lealtad, lo que suele interpretarse como muestra de que existen síntomas de deslealtad entre los vecinos. Meiggs (1979) constata que hay algunas islas que no pagan el tributo a finales de los 50.



A pesar de las dudas de Will (1980), es probable que el tesoro de la Liga se trasladara a Atenas en 454/3, tal vez por temor a que el Egeo quedara inseguro tras la derrota de Egipto. Pero también pueden detectarse ciertos rasgos de imperialismo en el modo de actuación de Atenas en relación con el mismo tesoro: en 453, las listas registran que la 60.ª parte del tributo se entregaba al tesoro de Atenea.

En esta época carente de actividades militares, se sitúa, en cambio, habitualmente, una buena parte de la labor política de Pericles, por ejemplo, el pago por intervenir en los jurados. Plutarco (*Pericles*, 9) lo expone como una vía política elegida por Pericles en tanto que modo de redistribución pú-



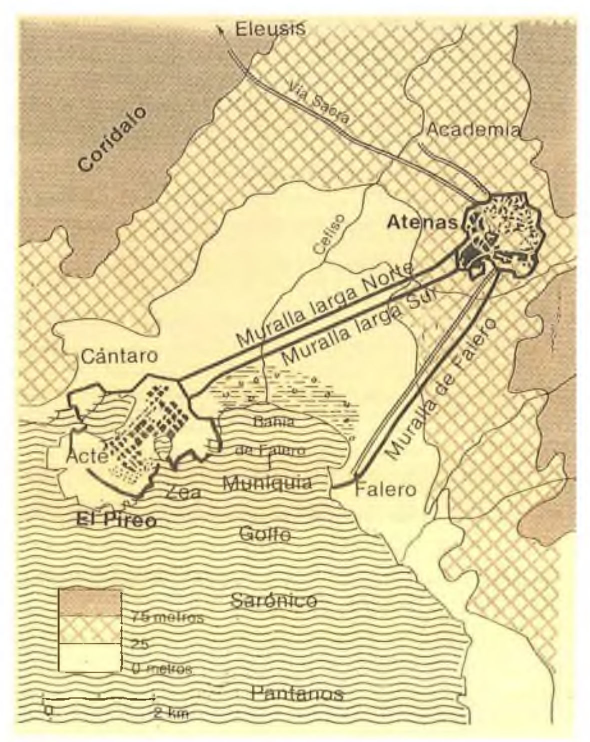
Figuras centrales del frontón occidental del templo de Zeus en Olimpia
Museo de Olimpia

blico alternativo al sistema privado practicado por Cimón. Plutarco también le atribuye la introducción del *theorikón,* o indemnización por asistencia a los espectáculos, y del *bouleutikón,* por asistencia a la *boulé.* Aristóteles (*Constitución de Atenas,* 26,3) sitúa en el año 453/2 la introducción de los jueces de *demos,* cuya función no está clara, pero parece indicar una democratización de la justicia, y que sería la renovación de la institución creada en tiempos de Pisístrato (*Constitución de Atenas,* 16,5). Como contrapartida, los privilegios de la ciudadanía se restringen. En 451 se aprobó la propuesta de Pericles de que sólo se consideraran ciudadanos los nacidos de padre y madre de esta condición (Aristóteles, *Constitución de Atenas,* 26,4; Plutarco, *Pericles,* 37,3).

Tras el fracaso de Egipto, los objetivos vuelven a concentrarse sobre Persia, posiblemente como resultado del regreso de Cimón. Este puede haber vuelto en 451, al finalizar el período normal de ausencia por ostracismo, o tal vez antes, quizás a propuesta de Pericles, dado que se trataría de un momento de convergencias en los planteamientos de política exterior. Cimón seguiría su proyecto tradicional; Atenas, entretanto, había renovado sus recursos con ánimo de fortalecer la Liga y encauzarla de nuevo a la empresa oriental. Ambos factores se condicionaban, pues la política de guerra con-

tra Persia era la que daba sentido a la Liga. Por otro lado, Grecia propiamente dicha estaba segura, gracias a la alianza con Mégara y a la pérdida de la flota por Egina. Posiblemente también como consecuencia del regreso de Cimón se firma una tregua de cinco años con Esparta.

En efecto, la Liga necesitaba cohesión. Los últimos años de la década de los 50 constituyeron una época de revueltas, en que puede haber influido tanto la radicalización democrática posterior al ostracismo de Cimón, que se enajenó la colaboración de algunas oligarquías, como la vulnerabilidad mostrada con la derrota de Egipto. Esta es la fecha generalmente aceptada para datar la intervención ateniense en Eritras, en la costa jónica, frente a la isla de Quíos, con el establecimiento de *epískopoi* y un *phroúrarchos* al mando de una guarnición (Fornara, n.º 71), que se declara a favor de la multitud frente a los *medizantes*, de lo que se desprende el posible apoyo persa a la revuelta. Eritras tenía que enviar ofrendas para las Panateneas, pierde su plena libertad judicial y se establece una constitución sobre modelo ateniense, con una *boulé* democrática nombrada por sorteo. Los *bouleutas* juran no abandonar al pueblo de los atenienses ni a los aliados de los atenienses, y no aceptar a los que hayan huido a los medos sin el consentimiento de la *boulé* y el *demos* de los atenienses. Las decisiones finales se toman ahora en Atenas, no en el Consejo de la Liga.



Atenas. El Pireo

En Mileto pudo darse una situación parecida, pero, una vez expulsados los partidarios de los persas, en un decreto del año 450/49, se establece una guarnición, se proporciona una reglamentación judicial y se exigen tropas cuando lo requiera el *demos* de los atenienses, pero parece respetarse el

sistema oligárquico. Mattingly sitúa el decreto en 425: en general, este autor retrasa todas las actitudes imperialistas hasta los años 20. Por otra parte, Meiggs (1979) defiende que en la década de los 40 volvió a haber una revuelta en que la ciudad se negó a pagar tributo, y que se establece una nueva constitución democrática sobre modelo ateniense. Esta puede ser la situación a que hace referencia la *Constitución de Atenas* atribuida a Jenofonte: en general, los atenienses apoyan al *demos*; cuando escogieron a los mejores de los milesios, al poco tiempo, éstos se rebelaron y atacaron al *demos*. La rebelión sería, pues, de los oligarcas, anteriormente aceptados, contra Atenas y contra el *demos*. Entonces, Atenas habría propiciado un restablecimiento democrático bajo su vigilancia y control. Sin embargo, Rhodes piensa que pudo haber sólo una revuelta en los años 50 en que se estableciera ya el sistema democrático.

Después de firmarse la tregua de cinco años con Esparta en 451, Cimón lleva a cabo una expedición a Chipre, sin atacar a griegos. Según Plutarco (*Cimón*, 18,1), lo hizo al ver que los atenienses no podían «vivir en tranquilidad; por ello, es preciso luchar contra los bárbaros y atraer la abundancia». Aquí están presentes dos importantes efectos de la política orientada hacia la actividad naval: la adquisición de ganancias y la actividad del *demos*, los dos modos por los que repercutía en provecho de todos y, por tanto, en la concordia social. Cimón muere en Citio, en el intento de arrebatar Chipre a los persas. El objetivo no se alcanzó. Meiggs (1979) cree que lo más conveniente es datar este final en el mismo año 451. A partir de ahora, no se hizo ya nada contra los bárbaros, según Plutarco (*Cimón*, 19,3).

La paz con Persia

En el año 449 se situaría la controvertida Paz de Calias, consecuencia del final de la guerra contra Persia y de la muerte de Cimón. La primera referencia aparece en el *Panegírico* de Isócrates, discurso del año 380, y posteriormente es mencionada por otros oradores y por Diodoro, que recoge a Éforo. Algunos consideran que hay una alusión en Heródoto (VII,151), al contar la embajada de Calias a Susa, y otra en Tucídides (III,10,4), donde los embajadores de Mitilene en Olimpia aluden al momento en que los atenienses abandonaron su hostilidad al medo, pero ambas son muy poco seguras; y, por fin, Teopompo niega explícitamente su existencia y denuncia la inscripción que se refería a ella como falsa. Esto hace que sea cuestionada por gran parte de la crítica moderna. En esa línea, tal vez sea C. Schrader quien reúne mayor número de argumentos, a menudo bien aceptados. Más importante que su existencia como tal acto formal es el hecho mismo de que tienen fin la campañas de la Liga contra Persia a partir de 449: se había afirmado la independencia griega con respecto a Persia en el Egeo. Hasta tal punto es así que Davies considera que, si no hubiera testimonios sobre la paz, sería necesario inventarla.

Aproximadamente en esta fecha deja de reunirse el Consejo de la Liga. Hasta ahora, la actividad política de Atenas con sus aliados es compatible con su existencia, pero, desde este momento, se tomarán medidas que no encajan en ella. Por otro lado, Atenas queda libre para usar sus contingentes sólo dentro del mundo griego. Se puede decir, pues, que la Paz de Calias, o la carencia de guerras persas, sirve para definir el papel de Atenas como ciudad imperialista.

Una vez terminada la lucha contra los persas, comienza el establecimiento de cleruquías por parte de Atenas. En principio, parece evidente que el establecimiento de éstas trae como consecuencia la reducción del tributo. Andros, isla situada al sur de Eubea,



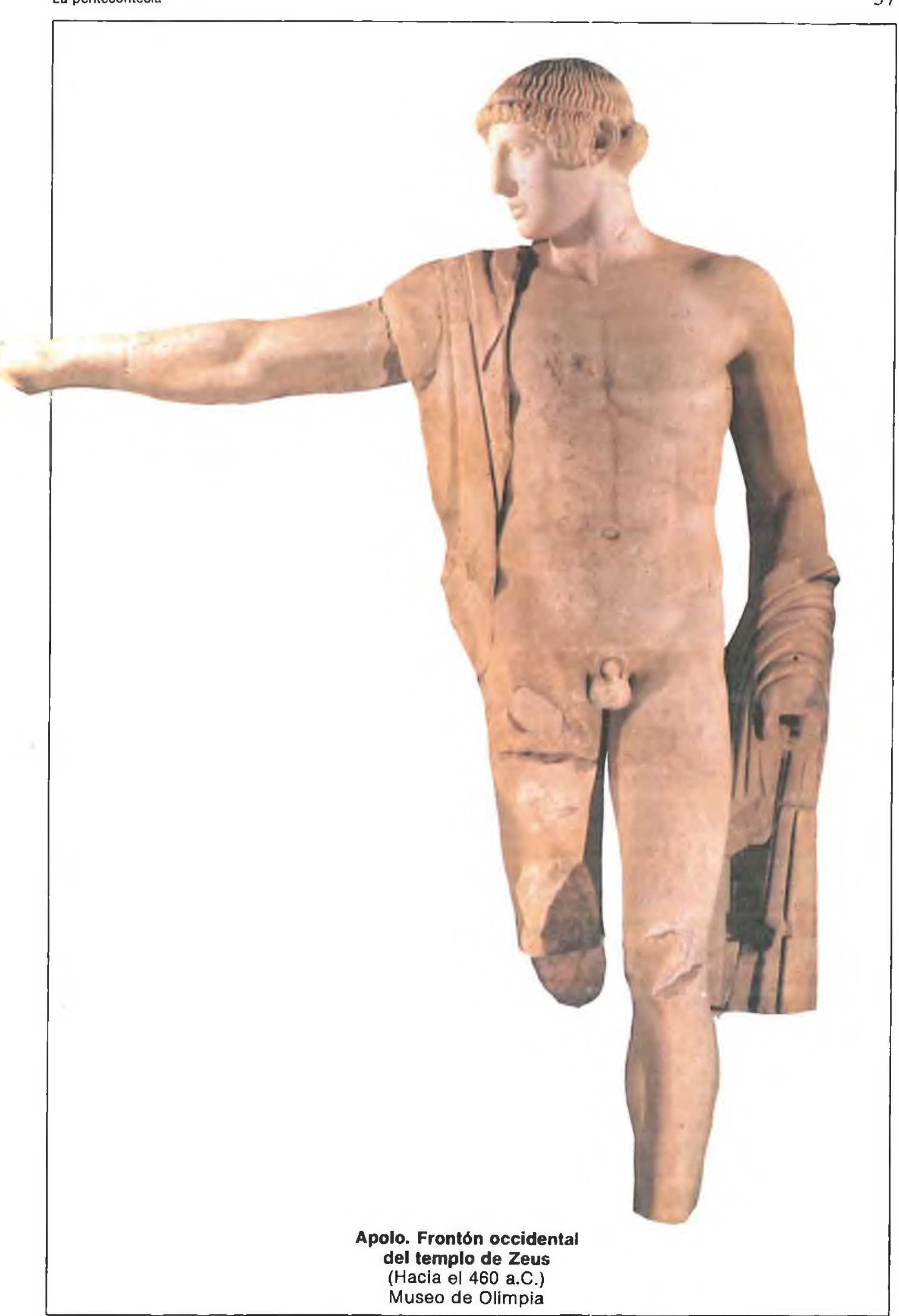
El Partenón

paga 12 talentos en 450 y 6 en 449 y los años sucesivos, después del asentamiento de los clerucos. Pausanias (I,27,5) cuenta que Tólmides condujo clerucos a Eubea y Naxos. Plutarco atribuye las cleruquías a la acción de Pericles (Crawford, Whitehead, n.° 139). En cambio, el mismo Tólmides estableció cleruquías en Beocia, que duraron hasta Queronea (447/6). Pero, en este caso, Plutarco (*Pericles*, 18,2) hace constar la oposición de Pericles que, tras aconsejar infructuosamente a Tólmides, dijo en la Asamblea que, si éste no escuchaba sus consejos, ya escucharía los del tiempo.

En general, de todos modos, la política de clerucos se identifica con Pericles. Plutarco (*Pericles*, 11,5-6) las menciona dentro del marco de su acción dirigida a ganar prestigio en su rivalidad con Tucídides el de Melesias. Sería una medida típicamente democrática, frente a la actitud aristocrática de éste. Con ello, continúa Plutarco, también conseguía aliviar a la ciudad de una multitud que, por ocio, resultaba muy activa en las preocupaciones políticas y, de paso, controlaba mejor a los aliados. Los párrafos reflejan una coherencia que es capaz de definir la política de Pericles en su conjunto. Las facciones se proyectan en problemas sociales y política imperialista. La población que acudía a las cleruquías obtenía así el paso al estatuto de hoplitas a partir de su situación como *thetes*.

En el territorio de los aliados, parece haberse logrado el control. De hecho, las ciudades que en 453 no habían pagado el tributo, seguramente como consecuencia de la derrota ateniense en Egipto, fueron obligadas a pagar más tarde. Para Meiggs (1979), durante estos años, Atenas había concentrado sus esfuerzos en la Liga.

Existe la posibilidad de situar en el año 450/449 una propuesta de Pericles



Apolo. Frontón occidental del templo de Zeus
(Hacia el 460 a.C.)
Museo de Olimpia

de utilizar 5.000 talentos de la Liga en un programa de reconstrucción de los edificios de Atenas destruidos por los persas. Atenas asumiría así claramente el papel de estado imperialista. La paz de Calias habría acabado con la justificación de la Liga de Delos como alianza contra Persia. A partir de aquí, y hasta el año 434/3, parece que Atenas utilizaba con el mismo fin 200 talentos al año. Plutarco (*Pericles*, 12-3,4) pone en boca del estratego los argumentos justificadores de tal medida: los atenienses hacían la guerra por los aliados y contenían a los bárbaros; ellos no proporcionaban ni caballería, ni infantería, ni flota, sino dinero solamente, que no es de quien lo da, sino de quien lo recibe, mientras proporcione aquello por lo que lo recibe, y como la ciudad está provista de lo necesario para la guerra, puede preocuparse de su prosperidad, por la que tendrá fama inmortal...

Esta propuesta contiene el mismo espíritu que el llamado Decreto del Congreso, conocido sólo por Plutarco (*Pericles*, 17), sin contexto cronológico (su autenticidad, naturalmente, se ha cuestionado): invitaba a todos los griegos de Europa y de Asia, de ciudades grandes o pequeñas, a una reunión en Atenas, para deliberar acerca de los templos griegos que habían incendiado los bárbaros, de los sacrificios que se debían a los dioses, prometidos en favor de Grecia, cuando lucharon contra los bárbaros, y del mar, para que todos naveguen sin peligro y vivan en paz. Sería un modo de evitar los efectos disgregadores que podía traer consigo la Paz de Calias. Para Pericles, ahora la justificación de la alianza no puede estar en la guerra, sino en la paz. Por ello busca objetivos pacíficos, pero también se amplía el campo de acción a todas las ciudades griegas, fueran o no sus aliados. No es extraño, pues, que Esparta declinara la invitación. Sin duda se interpretaba como un intento de reemplazar la Liga de Delos por una Liga de todos los griegos bajo la hegemonía ateniense. Además, equivaldría a dar la aprobación «universal» a la obra ateniense de todos los años posteriores a las guerras médicas, pues coincide con el final oficial de la lucha contra el persa y con el comienzo de la reconstrucción ateniense.

Pericles

Por todo ello, comienza aquí la que Meiggs (1979) denomina «crisis de los cuarenta». En el plano interno de la ciudad de Atenas, se define el protagonismo de Pericles, pero también la oposición oligárquica, representada principalmente por Tucídides el hijo de Melesias. El programa de Pericles puede definirse como el intento de alcanzar el horizonte definido como *pólis émmisthos*, ciudad que vive de la función política que se desprende de la hegemonía sobre sus aliados, con la pretensión de que toda Grecia forme parte de esa alianza.

Pero es más una pretensión y un programa ideológico que una realidad. Las relaciones con los aliados se manifiestan tensas y conflictivas. Antes se ha hecho referencia al problema de Mileto que, posiblemente, se prolongue en esta década. Lo nuevo sería el apoyo a un régimen democrático como medio de control ateniense. Una inscripción de Colofón, probablemente del 447/6 (Fornara, n.º 99), contiene un tratado entre Atenas y esta ciudad, que seguramente se comprometía a obedecer a Atenas; se hacen declaraciones de no rebelarse contra el pueblo de los atenienses y se habla de colonos. Ello coincide con una disminución del tributo de 3 a 1 1/2 talentos. Desde 450, también aumenta el asentamiento de clerucos con la finalidad de evitar las revueltas.

En el cobro de tributos se produce una situación interesante. No hubo recaudación el año 448. Dado que es difícil pensar en una simple negativa general, se han buscado soluciones alternativas. Will (1980) considera

probable que Atenas misma suspendiera la recaudación en espera de ver el resultado del Decreto del Congreso, que sería otro modo diferente de recaudación, de acuerdo con la nueva orientación que Pericles intentaba dar a la hegemonía. Wiggs (1979) rechaza estos argumentos. Para él, está más próximo al carácter ideológico que va tomando la hegemonía: puede haberse entregado todo el tributo para la recaudación del templo de Atenea *Nike*, como conmemoración de la Paz de Calias. Hay que tener en cuenta que, aunque no se edificara hasta 420, la inscripción que lo decide es anterior a 445. La paz se presentaba así como el resultado de la victoria.

La lista de 447 refleja el descontento dentro de la Liga, pero en 446 existe una recuperación.

La fecha del decreto de acuñación de Clearco es también discutida. Mattingly lo sitúa en la década de los 20 porque le parece que «no es propio de Pericles». Rhodes, en cambio, se inclina por la fecha temprana. También Will (1980) prefiere la fecha más alta (449-8) y Meiggs (1979) lo encuadra después del año 50, porque se refiere a las «ciudades que Atenas domina» y antes de 445, porque la sigma se escribe con 3 trazos (ϟ). Lo que el decreto ordena es la aceptación por todas las ciudades de los pesos y medidas atenienses, y da la impresión de que, con mucha frecuencia, en las ciudades había delegados de Atenas. El tono general del decreto hace que Rhodes no lo crea compatible con el funcionamiento del Consejo de la Liga. En general, es un síntoma claro de la reacción contra Atenas después de la Paz de Calias y de la respuesta ateniense. El lenguaje es similar al decreto de Clinias, que se verá más adelante. La uniformidad de la moneda y la unificación de tributos son muestras del cambio experimentado dentro del imperio. La lista de tributos de 446 es prueba del éxito de las medidas tras la Paz de Calias.

Los primeros años de la década de los 40 es también la fecha más adecuada para el decreto de Clinias, en que a los miembros de la Liga se los denomina «las ciudades». En él se crean *epískopoi* para la vigilancia del tributo, con el fin de garantizar que se entregue íntegro en Atenas. Al mismo tiempo, se requiere a los aliados que envíen ofrendas para las Panateneas. Meiggs (1979) considera que puede establecerse una fecha exacta, dado que la interpretación correcta sería que se trata de una reacción a la lista insatisfactoria de 447 y en parte podría ser causa del éxito de 446. Es, por tanto, un fenómeno paralelo al decreto de acuñación anteriormente mencionado.

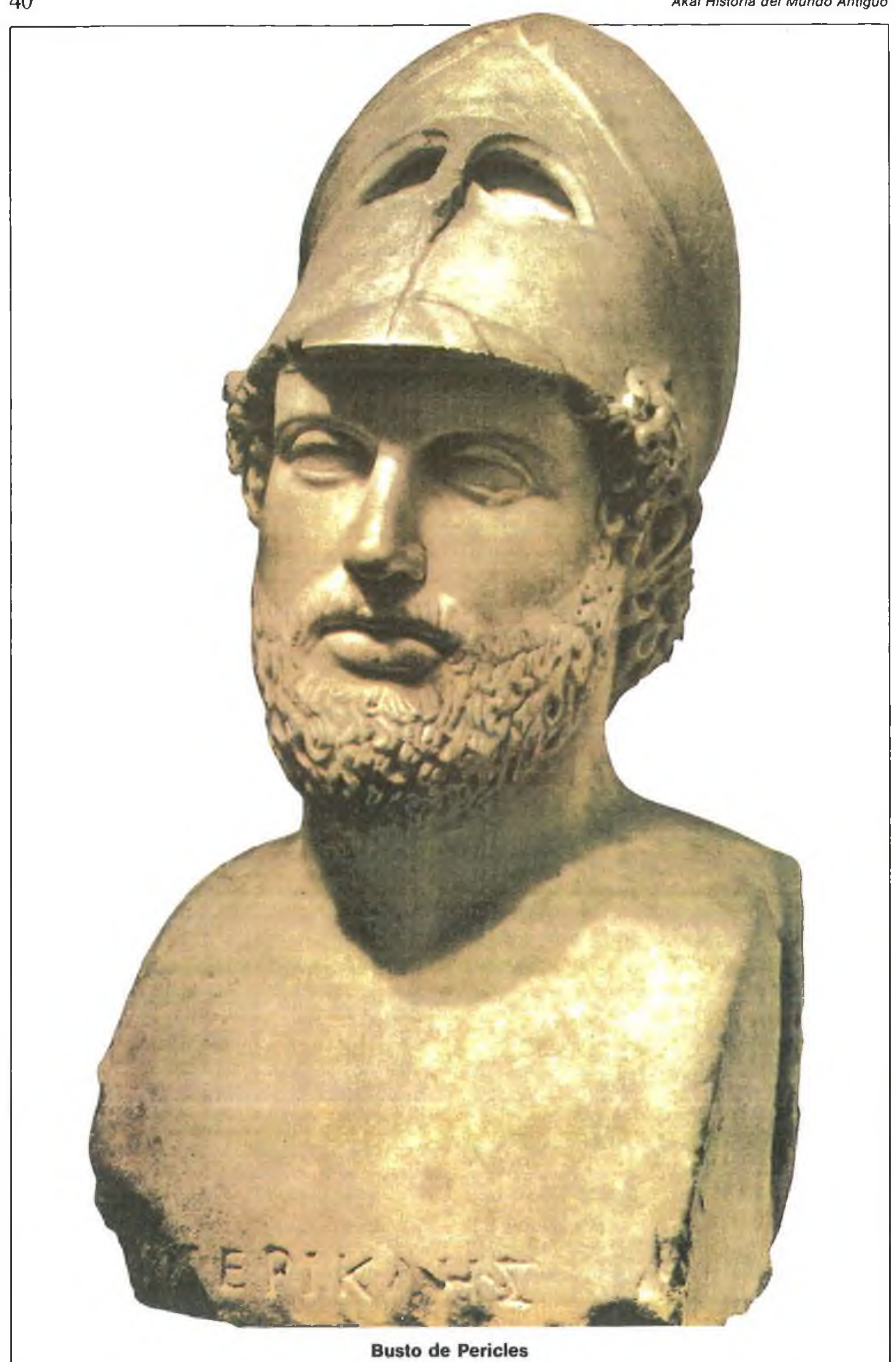
446/5 puede ser la fecha de otro decreto, por el que se envían colonos atenienses a Brea, lugar no localizado de Tracia, y se señala la necesidad de participar en las Panateneas y las Dionisias.

Este aspecto «religioso» del imperio, con centro cultual en Atenas y no en Delos, se ve reforzado en este decenio con el inicio en 447/6 de la construcción del Partenón. Realizado gracias al dinero de la Liga, es resultado y símbolo de la superioridad de Atenas, cuya función política le permite vivir de sus aliados.

La paz de treinta años

En el año 449, Esparta interviene para restaurar Delfos a los delfios, pues anteriormente estaba controlado por los focidios. Cuando se hubieron retirado, los atenienses hicieron una campaña gracias a la cual restituyeron a éstos el santuario (Tucídides, I,112,5). Se trata de la segunda guerra sagrada, que tendría importantes consecuencias. Para Meiggs (1979), Esparta trataba así de reafirmar su papel penhelénico. Puede ser, por tanto, una reacción ante el debatido decreto del Congreso panhelénico, emitido a instancias de Pericles tras la Paz de Calias.

Por otro lado, en Beocia, desde la



Busto de Pericles



Vista interior de las columnas del Partenón

batalla de Enófita, en 457, casi todas las ciudades habían adoptado un régimen democrático, que en 446 estaba prácticamente generalizado. Los exiliados ocupaban Orcómeno, Queronea, y algunos otros lugares. En un momento determinado, como los consideraban un peligro, un ejército ateniense bajo el mando de Tólmides se dirigió contra ellos y los derrotó en Queronea. Tomaron la ciudad, esclavizaron a sus habitantes y pusieron una guarnición. Pero, al regreso, los sorprendieron los exiliados de Orcómenos, con locrios, exiliados de Eubea, y otros de la misma opinión, y los derrotaron en Coronea. Los atenienses se retiraron de Beocia (Tucídides, I,113).

En 446, tiene lugar la revolución en Eubea, seguramente animada por la derrota de Coronea, donde habían participado exiliados de la isla. Como resultado de la represión, los atenienses establecen estipulaciones de fidelidad, etc. (Fornara, n.° 103), confiscan las tierras de los *hippobotai*, que eran los que sobresalían en riqueza y prestigio, en la llanura Lelantina, de Calcis, y expulsan a los hestieos para instalar atenienses en su lugar (Plutarco, *Pericles*, 23,4), sistema que se repitió posteriormente. En los años sucesivos, se redujo el tributo de Calcis de 5 a 3 talentos. En las estipulaciones, Calcis se compromete a ser obediente y Atenas a seguir el procedimiento legal en su trato con ella siempre que sea obediente. Hay una cláusula por la que los procesos en que el castigo sea el exilio, la muerte y la pérdida de derechos, se transfieren a Atenas, de acuerdo con un decreto del pueblo, tal vez hecho para Calcis más que para la totalidad de la Liga. La fidelidad a la Liga queda sustituida explícitamente por la fidelidad a Atenas. Es un episodio típico del descontento de los aliados por la hegemonía y el *phoros* después de la Paz de Calias.

Pericles, que iba al frente de la expedición, tuvo que volver momentáneamente en medio de la campaña. El motivo era que los megarenses, con la ayuda de Corinto, Sición y Epidauro, habían hecho defección y aniquilado las guarniciones atenienses, salvo a los que se habían refugiado en Nisea (Tucídides, I,114,1). A consecuencia de ello, los peloponesios, bajo el mando del rey de Esparta Plistoanacte, habían invadido el Atica y devastaban Eleusis y Tría (Tucídides, I,114,2). El rey no se decide a penetrar más. Plutarco (*Pericles*, 22,2) cuenta que Pericles lo convenció por medio de la corrupción. El exilio posterior de Plistoanacte hace pensar que se trataba de un efecto de las disensiones internas de Esparta que se reflejaban en la política que había que adoptar ante Atenas.

El resultado de estos años fue, para Atenas, la conservación de Eubea y la pérdida del control sobre Beocia y Mégara.

En 446/5 se firmó la Paz de 30 años. Ahora los atenienses perdían el resto de los territorios ocupados que pertenecían a la Liga del Peloponeso (Tucídides, I,115,1), pero conservaban el control de Egina. Tal vez el rasgo más importante era que se reconocía la existencia de una doble hegemonía de alianzas rivales, con la posibilidad de sumar a cualquiera de ellas las ciudades que permanecían neutrales. Atenas acepta la pérdida de sus posesiones continentales, pero, a cambio, se le reconoce un grado de sumisión a su hegemonía. Pericles, en Tucídides (II,144,2), dice que sólo dejará a las ciudades autónomas si lo eran antes del tratado. Está claro que éste reconoce sólo la autonomía existente en ese momento. Por otro lado, se establece una cláusula de arbitraje para garantizar la paz. Esta puede dar estabilidad al imperio, una vez que se ha reconocido que la Liga no necesita la continuación de la guerra contra Persia para subsistir.

Tucídides, el hijo de Melesias

De todos modos, las aspiraciones externas de Atenas no desaparecieron, esta vez dirigidas hacia occidente. En primer lugar, en 446/5, acuden a la llamada de los sibaritas, que pretendían refundar su ciudad, de donde los habían expulsado los crotoniatas hacia 510. El intento fracasó. En consecuencia, los atenienses decidieron fundar cerca una nueva colonia, Turios, en 444/3, con carácter panhelénico y participación de personajes como Heródoto, Hipódamo, Protágoras. Suele interpretarse como un rasgo típico del programa político e ideológico de Pericles y sus colaboradores.

Sin embargo, también se ha defendido la posibilidad de que, si bien el plan inicial de fundar una colonia en el Mediterráneo occidental puede responder a la iniciativa de Pericles, en cambio, el tono panhelénico haya podido ser el resultado de la interferencia de Tucídides, el hijo de Melesias. Esta interpretación responde al criterio de que el panhelenismo en Atenas es siempre una actitud propia de la tendencia aristocrática, mientras que la democracia de Pericles está preocupada principalmente por la superioridad y el protagonismo atenienses. Meiggs (1979) da una interpretación más realista: es difícil pensar que Atenas en aquel momento tuviera un excedente de población suficiente para enviar una colonia que poblaría ella sola. El gesto panhelénico sería deliberado y puede desprenderse de los planes de la línea política dominante en ese momento, pero el objetivo era que se enrolaran los habitantes de los territorios marginales y pobres necesitados de tierras para cultivar. Con ese instrumento, podría aumentar el prestigio y la influencia de Atenas en el oeste.

De todos modos, la alternativa panhelenismo/dominio de Atenas no puede plantearse tajantemente. En

todos los aspectos en que puede detectarse una intención panhelénica en la formación del «programa» político e ideológico de la Atenas de Pericles, siempre va unido al hecho de que Atenas desempeñe en él un papel aglutinador y dominante. Se trata de unir toda Grecia, pero como obra de los atenienses, que así se colocan en una posición privilegiada dentro, pero por encima, de la comunidad de todos los griegos. Si la búsqueda de la influencia sobre occidente es, sin duda, un objetivo importante en la Atenas del momento, también parece serlo el hecho de que los griegos de esta parte del Mediterráneo vean en Atenas un modelo político y cultural. Si es evidente que, aquellos que formarán parte de la masa de colonos, procederán de lugares inhóspitos y de clases campesinas desafortunadas, también es probable que el origen socioeconómico no tenga necesariamente que servir de obstáculo para que su colaboración se utilice como propaganda de ese papel de Atenas como aglutinadora de toda Grecia y emprendedora de acciones que integren territorios lejanos. En resumen: panhelenismo y dominio de Atenas no son contradictorios en el pensamiento democrático e imperialista de la época de Pericles; por otro lado, los motivos materiales e inmediatos de una acción no son obstáculo para que esa misma acción se revista de elementos ideológicos y propagandísticos.

La primera mitad de la década de los 40, después de la Paz de Calia, se caracteriza por la definición de una línea política que se hace cada vez más clara con la desaparición de los objetivos iniciales de la Liga y con el establecimiento de la paz con Esparta. La consolidación del sistema ateniense como democrático e imperialista se identifica de manera creciente con la personalidad de Pericles. La oposición representada por los aristócratas ve en él al enemigo principal. Plutarco (*Pericles*, 11) describe la situación: ya habían visto que Pericles se colocaba por delante de los demás ciudadanos, pero ahora quisieron oponerle, para debilitar su poder e impedir que se convirtiera en una monarquía, a Tucídides de Alopece, el hijo de Melesias, hombre prudente y pariente de Cimón, menos guerrero que éste, pero más orador y político, que vigilaba a Pericles en la ciudad y competía con él en la tribuna, y así, rápidamente, orientó la *politeia* en un sentido equilibrado. No permitió que los nobles se mezclaran, como antes, con el *demos*, donde perdían su dignidad bajo la multitud, sino que los separó y reunió así su fuerza. Si antes era insignificante lo que servía de separación entre la opción aristocrática y la democrática, ahora, el conflicto y la rivalidad de los dos hombres creó un profundo abismo en la ciudad entre el *demos* y «los pocos». Pericles, entonces, daba más que nunca rienda suelta al pueblo, y su política iba orientada hacia su satisfacción, ideaba fiestas, banquetes, procesiones en la ciudad y actividades culturales educativas para la ciudadanía no ajenas a los placeres de las musas. Además, tenía 60 trieres en constante actividad cada año durante ocho meses, con lo que muchos ciudadanos obtenían un salario (*émmisthoi*) y aprendían y practicaban el arte de la navegación. Además, envió mil colonos al Quersoneso, 500 a Naxos, 250 a Andros, 1.000 a Tracia, y otros a Italia, cuando se volvió a fundar Síbaris y se llamó Turios. Obraba así para evitar que la población ociosa actuara políticamente en la ciudad y para que evitaran revoluciones entre los aliados.

Son varios los aspectos que conviene comentar como significativos del momento histórico, tanto interior como exterior a Atenas.

La figura de Pericles se destaca y adquiere rasgos personalistas que provocan la preocupación de los aristócratas, pero para oponerse a él es preciso, no un personaje guerrero como Cimón, sino un personaje «político» y hábil en la Asamblea. La época en que la



Friso de la parte oriental del Partenón. Poseidón, Apolo y Artemis

actividad militar podía servir para garantizar el control dentro de la *polis* ha pasado. Ahora lo que importa es ganar prestigio en la Asamblea con ánimo de conseguir su apoyo. La política se hace en la ciudad y en la tribuna; ahí es donde hay que competir con Pericles. Pero, al mismo tiempo, se trata de no mezclarse con el pueblo. La acción militar de Cimón conseguía



su adhesión. El problema estriba en que el espacio del aristócrata capaz de actuar como «demagogo» está cubierto por Pericles y éste sigue una línea política que no complace a los aristócratas. Por ello, éstos tienen que agruparse y establecer una línea coherente consigo mismos. Si antes eran posibles las posturas ambiguas y podían confundirse las políticas aristocrática y democrática, ahora se crea un abismo insalvable. La política de Pericles es ya, según Plutarco claramente favorable al *demos*. Esta tendencia se materializa en la vida cultural de la ciudad, en las actividades navales y en el establecimiento de colonos. Se trata de evitar el ocio que en la ciudad podría ser conflictivo, y de vigilar a los aliados por medio de las guarniciones. Entre las colonias se cita la fundación de Turios.

Más adelante (*Pericles*, 14), Plutarco se refiere a los gastos públicos de Pericles, que amenaza con emplear a cambio su fortuna privada. El peligro de volver al evergetismo individual lo hace recuperar el apoyo. La consecuencia fue el ostracismo de Tucídides.

Lo que llevó al ostracismo de Tucídides fue sin duda un conjunto de circunstancias, que, de otro lado, definen el ambiente de Atenas en la primera mitad de la década. Un sector de la población se aglutina frente a Pericles, pero éste, de hecho, controlaba la situación. Su política respondía a los intereses del *demos* y era capaz de satisfacer sus aspiraciones. Al ciudadano se le ofrecían actividades sufragadas por el estado gracias a la existencia del imperio. Parcialmente, al menos, se conseguía la *pólis émmisthos,* la ciudad asalariada por su función pública, que era objetivo de Pericles. De otro lado, el ciudadano disfrutaba de la posibilidad de participar en diferentes actividades que no sólo ocupaban su ocio, sino que se realizaba en ellas su aspiración a ser el modelo de toda Grecia. En definitiva, la política de Pericles conseguía, por medios materiales e ideológicos, conservar la tranquilidad dentro de la ciudad y alcanzar la concordia. La reacción de la aristocracia, personificada en Tucídides, sólo consiguió definir el abismo social, pero, por lo mismo, abocó al fracaso: la voluntad del *demos* se manifestaba de hecho en la asamblea y dirigía la vida política.

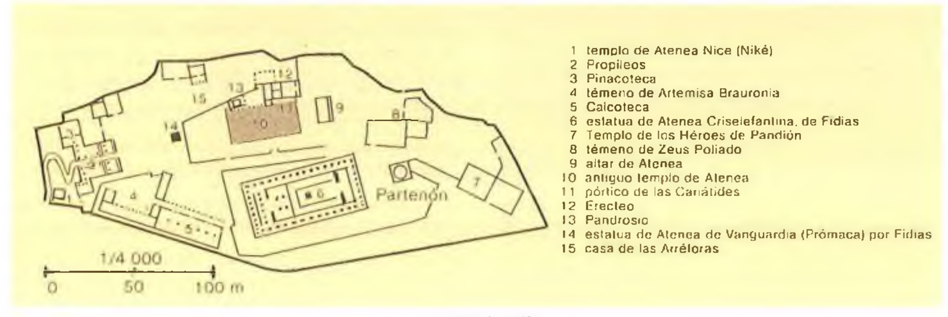
Después del ostracismo de Tucídides

y el triunfo de Pericles, a la aristocracia le quedaba la posibilidad de seguir la misma línea que éste, intentar dirigir al *demos* al mismo tiempo que lo satisfacía, y aprovecharse de las ventajas que ofrecía la concordia propiciada por la democracia y el imperio, o recluirse en núcleos cerrados que sólo tenían posibilidades de actuación subrepticia y clandestina.

Entre las obras del *corpus* de Jenofonte, se conserva un escrito anónimo titulado la *Constitución de Atenas,* a cuyo autor los ingleses han dado en llamar «el viejo oligarca». No hay nada definitivo sobre su datación, pero algunos autores modernos, entre ellos E. Will, consideran que debe de haberse escrito en la época de Pericles. Hay que hacer constar que otras dataciones más tardías están casi siempre igualmente justificadas. Sin embargo, múltiples aspectos de su contenido encajan fácilmente en los años previos a la guerra del Peloponeso. Es un escrito contrario a la democracia, pero reconoce que ése es el sistema que más favorece al *demos*. No hay ningún intento de llevarlo al propio terreno. Si se prefiere un sistema oligárquico es, descarnadamente, porque éste les favorece a ellos, a los oligarcas. Por otro lado, se define tajantemente la división entre nobles, buenos, pocos, agricultores, etc., frente a los muchos, pobres, marinos, malos. Además, se insiste en las ventajas que éstos últimos obtienen de la existencia del imperio. Por todo ello, el autor saca la impresión de que, al menos de momento, no hay nada que hacer para cambiar el sistema.

De otro lado, es cierto que, junto al imperio y al desarrollo democrático, se edifica en Atenas un cuerpo de doctrina que lo refleja y respalda, que podemos calificar como racionalizador. No en vano esta época es considerada la de la ilustración griega. En el arte, el clasicismo fidiaco es paradigma de humanismo realista, y la obra de Fidias es paralela al sistema político de Pericles. La manifestación artística de la ciudad integradora encuentra en él su máxima expresión. Por otra parte, Atenas se convierte en el punto de recepción del pensamiento griego anterior. Anaxágoras es su principal transmisor, y en la ciudad se conoce como maestro y colaborador de Pericles. La doctrina del *noûs* capaz de organizar la complejidad del mundo puede encontrar un paralelo en la realidad misma de la ciudad. Esta es compleja, pero es posible, con la inteligencia, controlarla. Tal es el papel de Pericles que, de hecho, era llamado *noûs*.

Pero precisamente esa complejidad que refleja la teoría de la época, que se supera con la integración, era a su vez una realidad que a veces reaccionaba frente al planteamiento teórico superestructural. La sociedad ateniense era fundamentalmente campesina y el *demos* seguía apegado a las tradicio-



La Acrópolis

nes propias de ese sector. Tucídides lo explicará, cuando se refiera a las medidas de Pericles que hacían abandonar el campo y refugiarse en la ciudad. La racionalidad estaba por encima y definía la realidad, pero en ésta los factores divergentes no dejaban de actuar. En determinados momentos, el *demos,* el mismo que podía complacerse con determinadas medidas de Pericles y votarlo como estratego año tras año sucesivamente, podía sentirse ofendido en sus creencias cuando la teorización integradora y el arte que lo definía se expresaba en ese nivel de superestructura donde él no se sentía integrado aunque de hecho lo estuviera. No a todo el mundo es fácil percibir que determinadas formas de expresión lo comprende a él mismo. Esta dinámica, desde nuestro punto de vista, es un factor de enriquecimiento de la sociedad ateniense. La teoría integradora es posible porque hay divergencia, pero esa divergencia a veces se cobra sus víctimas en los teóricos de la integración. Esta misma realidad fue la vía que sirvió a los objetivos de la oposición aristocrática en ciertos momentos. Cuando el ataque a Pericles se reveló ineficaz, fue más fácil dirigirlo contra aquellos que formaban con él un complejo ideológico cultural, pero en quienes no se veían las ventajas prácticas, sino solamente el lado incomprensible del sistema. Es típica de estos años la actividad judicial que, entre otros, condenó a Fidias y a Anaxágoras. Los tribunales son el escenario de la condena de los comparsas cuando la asamblea no puede serlo para condenar al protagonista.

El imperio y los prolegómenos de la guerra del Peloponeso

En el año 442, en Mileto, después de algunas vicisitudes cronológicamente no bien establecidas, se ha instalado ya plenamente un régimen democrático. Por otro lado, la localidad de Priene figuraba en la lista del tributo ateniense hasta 442/1. Puede que en ese momento la haya anexionado Mileto, con el apoyo de Atenas, con lo que ésta mostraría sus preferencias democráticas. En cambio, se encuentra por primera vez en la lista de 441 la ciudad de Maratesio, que Atenas debe de haber arrebatado a Samos. Tucídides (I,115-7) cuenta que estalló la guerra entre Mileto y Samos a causa de Priene. Los milesios, derrotados, acudieron a Atenas en busca de ayuda, acompañados de algunos samios que querían cambiar de régimen. Los atenienses, con cuarenta naves, establecieron la democracia en Samos. Pero, más tarde, hay un conflicto civil entre partidarios de la aristocracia y de la democracia (Diodoro, XII,28,3). Era una revuelta de la aristocracia contra el régimen apoyado por Atenas, en que participó el filósofo Meliso. Por fin, Pericles vence a los rebeldes (Plutarco, *Pericles*, 27-8). Estos habían pedido ayuda a Pisutnes, el sátrapa de Sardes. Esto probablemente dio a Atenas la oportunidad de demostrar que todavía luchaba contra el persa cuando era necesario. De Tucídides (I,40,5), en el discurso de los corintios en Atenas en las vísperas de la guerra del Peloponeso, se desprende que también se había solicitado la ayuda de la Liga del Peloponeso y que el tema se había debatido.

Tras la derrota, los rebeldes samios abatieron sus murallas, entregaron rehenes, se vieron privados de sus naves y se comprometieron a pagar en un cierto tiempo los gastos de guerra que habían ocasionado. No se sabe, en cambio, que hayan pagado un tributo. Diodoro (XII,28,4) dice que Pericles restauró de nuevo la democracia. Meiggs acepta el dato y considera que se ve corroborado por la inscripción del tratado entre Atenas y Samos de 439/8. El tono general del mismo sería una muestra de confianza en la

nueva democracia. La protección de la democracia milesia frente a los oligarcas samios habría terminado con la instauración de la democracia en la propia Samos. En cambio, Will piensa que Atenas mantuvo la aristocracia, aunque la privó de la autonomía de que gozaba la isla hasta entonces. De este modo caería sobre ella el pago de los gastos de guerra; sería una muestra del pragmatismo ateniense con sus aliados.

440/39 puede ser la fecha aproximada de la alianza de Atenas con Leontinos, Regio y Catania, a petición de estas ciudades, en un momento de auge para el poder de Siracusa. Cabe interpretarla como un nuevo intento ateniense para, aprovechando la oportunidad que se le ofrecía, extender su influencia en la zona occidental del Mediterráneo.

Lo que está claro es que Atenas, en los años 30, no se contenta con consolidar lo que estaba bajo su imperio. La dinámica interna de la sociedad ateniense no permitía el estancamiento. Desde el punto de vista material, era preciso mantener activa la flota y crear asentamientos; desde el punto ideológico, la concordia estaba basada en una superioridad que había que seguir demostrando constantemente. Y en la puesta en práctica de esta función estaba la posibilidad de que Pericles desempeñara bien su papel de estratego y de político.

En 437/6 los atenienses fundaron una nueva colonia en *Ennea Hodoi*, que ahora recibe el nombre de Anfípolis. Por un lado, se destaca el hecho de la insistencia ateniense en volver a esa región, por otro, el que la colonia fuera también «mezclada», con sólo una minoría de atenienses. Tucídides (IV,108,1) dice que la ciudad les era útil por la madera para la construcción de naves y por el ingreso de dine-



Caballo de bronce que formaba parte de una cuadriga
(Hacia el 460 a.C.)
Museo de Olimpia

ro, concepto este último que seguramente se refiere a las minas del monte Pangeo.

Metona entra en la Liga voluntariamente en 435/4. Casos como éste hacen afirmar a NcNCI que, en la década de los 30, en ciertas zonas más o menos periféricas, existían deseos de incorporarse al gran mercado del momento, existente en el Egeo bajo la supervisión de Atenas y dominado por su moneda.

En 435/4 se sitúa la expedición de Pericles al mar Negro. Plutarco (*Pericles,* 20,1-2) cuenta que iba ofreciendo a las ciudades griegas lo que necesitaban y se comportaba filantrópicamente; mostraba a los pueblos bárbaros vecinos, a reyes y dinastas, la grandeza de su poder, al navegar los atenienses por donde querían como dueños del mar. Dejó a los habitantes de Sinope naves y tropas para combatir al tirano Timesileo y, después de su expulsión, asentó allí a 600 atenienses, tras haber repartido las casas y las tierras que antes poseían los tiranos. Pueden señalarse la labor filantrópica, la demostración de poder y la distribución de tierras como elementos que muestran la continuidad en la expansión de la influencia ateniense por medios relativamente pacíficos. Diodoro da también otras noticias de



pactos con dinastas y fundación de colonias en los años 30, en la Propóntide y en el mar Negro.

En 433, los atenienses se deciden a ayudar a Corcira, en su contienda con Corinto a propósito de Epidamo. Tanto en Corinto como en Esparta parecen estar claras las expectativas de una guerra general. Esta intervención llevó a la batalla de Sibota.

El mismo año 433, los atenienses lanzaron un ultimátum a Potidea exigiendo la demolición de las murallas y la eliminación de los oficiales corintios. Esto provocó la revuelta y, como consecuencia, el sitio de la ciudad en 432. En la lista de aquel año el tributo ha subido de 6 a 15 talentos. Según la misma lista, el apoyo a Potidea no fue general en todas las ciudades calcídicas.

Se habla de un decreto ateniense de 432 que prohibía a Mégara la utilización de los puertos de la Liga de Delos. Esto puede significar un modo de control del comercio, aprovechando el poder ejercido por el imperio sobre todo el Egeo. Ste-Croix (1972) dedica una buena parte de su libro a rechazar el carácter económico del decreto megárico y su importancia como causa de la guerra del Peloponeso. Sus argumentos no han sido, en general, aceptados.

Aquí nos encontramos ya en las vísperas de la guerra del Peloponeso y en sus causas. Tucídides dice que los motivos abiertamente expuestos fueron los problemas de Corcira y Potidea. Por otras fuentes, y alguna referencia del mismo Tucídides, se suele añadir el decreto megárico, lo que se ha negado con profusión de argumentos, aunque no de modo totalmente convincente, por Ste-Croix (1972). Pero el propio Tucídides dice que la causa más verdadera, aunque no expresada, había sido el crecimiento del imperio ateniense. Por ello, durante la Pentecontecia, este crecimiento adquiere tanta importancia como para convertirse en el auténtico protagonista de la época. A partir de la formación de la Liga de Delos el proceso ha ido en aumento. Desde la revuelta de Naxos, Atenas interviene en el control de las ciudades. A mitad de siglo ya lo hace normalmente. Los aliados, cada vez más, aportan dinero en lugar de naves, no colaboran en la defensa de la comunidad de modo directo, sino que dejan esta función a la ciudad de Atenas. Al final de los 30, sólo participan con sus propias naves Lesbos y Quíos. La capacidad de libertad se va reduciendo según aumenta la aportación económica. Por otro lado, la dinámica imperial repercute en la sociedad ateniense y en su ideología, y tanto la configuración social como el aparato ideológico correspondiente se transforman a su vez en factores que impulsan el proceso de expansión imperialista. Con guerras o sin ellas, todo el mundo griego se siente implicado, y llega un momento en que tales implicaciones desembocan en una reacción frente a la ciudad de Atenas. El problema estriba en que, lógicamente, la reacción de las otras ciudades depende a su vez de las condiciones de su propia historia interna, y ésta es, en general, bastante desconocida.

III. Imperialismo y democracia

Imperialismo ateniense

Hasta ahora hemos hablado del imperio ateniense y con ello nos referíamos a las distintas formas de control, imposición, extracción de beneficios, etc., que Atenas ejercía sobre los que habían empezado siendo sus aliados en la Liga de Delos. La palabra traducida como imperio es el griego *arché*, que Tucídides parece utilizar, de un modo bastante evidente, con ese sentido. Como habrá podido notarse, son muchas las ocasiones en que se ha hablado de algún momento, episodio o circunstancia, en que se ha agudizado, reforzado, etc., el carácter de Atenas como cabeza de un imperio. Determinados decretos, formas de intervención o control, se han definido como un síntoma del desarrollo del mismo y de la transformación de la Liga en ese otro modo de relación entre ciudades. De hecho, en casi todas las ocasiones en que Atenas interviene, puede hablarse de un paso en el sentido de ese proceso: por aplastar violentamente una rebelión, por obligar a ciertas prestaciones, por imponer la presencia de clerucos o guarniciones. Al margen de hechos concretos, donde parece notarse un cambio de más amplio alcance, es en el momento en que se acaba la justificación teórica de la Liga tras la Paz de Calias. No cabe duda de que, para llegar a ella, se han dado ya los pasos previos necesarios que posibilitaron luego el que esto fuera así. Establecer un hito es siempre una convención. En este caso, la convención sería la de aceptar que la lucha contra los persas era la justificación de la Liga de Delos, y que la falta de esa justificación define otra forma de relación, consistente en la unión de un número de ciudades griegas, dominadas por una de ellas, que impone las reglas de la actuación común y que es, en principio, la beneficiaria más destacada de que esta unión exista. Como se ha intentado poner de relieve, ello va unido a una conciencia de superioridad y a una serie de elementos ideológicos que sirven para justificar la existencia del dominio y de la superioridad misma. Hablar de «imperio ateniense», por tanto, seguramente no plantea demasiados problemas, siempre que se tenga en cuenta que el límite entre Liga e Imperio, como cualquier límite en la evolución histórica, es aleatorio, y puede decirse que todo el que se establezca es susceptible de encontrar una justificación, según el punto de vista que se adopte y los datos que principalmente se tengan en cuenta.

Ahora bien, también se ha utilizado con bastante frecuencia el término «imperialismo». Postura imperialista



El Partenón y el Erecteion
Acrópolis de Atenas

o rasgos imperialistas de Atenas, han servido para definir un momento o una actitud y, tal vez más que nada, una manifestación ideológica. Aquí se entra en un terreno más complejo de la conceptualización histórica. Así como *arché* puede traducirse como «imperio» con bastante aproximación, siempre que se tenga en cuenta que nunca el contenido de dos palabras es exactamente el mismo en dos lenguas diferentes, sobre todo cuando corresponden a sistemas culturales tan alejados en el tiempo, en cambio, en griego, ni en latín, no existe ningún término que pueda corresponder de modo aproximado a nuestro concepto de *imperialismo*. El motivo está en que tal concepto surge como resultado de la percepción de determinados fenómenos propios de la historia contemporánea y se define como una parte del proceso de desarrollo de las sociedades capitalistas. Por el mismo motivo, no puede trasladarse sin crítica ni matización al Imperio romano, ni siquiera a los imperios español o inglés de la Edad Moderna. Sin embargo, es posible que el estudio del mundo antiguo se beneficie del desarrollo general del pensamiento humano, y que éste se enriquezca con nuevos conceptos que proceden del análisis e interpretación, y de las experiencias, propios de cada época. El análisis del mundo antiguo no debe permanecer sujeto a los conceptos que entonces el hombre poseía. Si la humanidad amplía su riqueza conceptual, no hay motivo para que ésta no sirva como instrumental válido para comprender los fenómenos del pasado, de otro modo difíciles de penetrar. Interpretar el mundo antiguo sólo con el aparato conceptual que entonces poseía el hombre es limitarse a verlo exclusivamente como los mismos antiguos lo vieron e intentar someterse a las limitaciones a que su sociedad los sometía, lo que, además de ser imposible, es profundamente estéril.

Lo contrario no consiste en intentar



Lecito ático de fondo blanco
(Hacia el 470-460 a.C.)
Museo Nacional de Atenas

percibir en el mundo antiguo una sociedad como la actual, en cada momento y por cada historiador. El «presentismo» viene a ser un modo de negar el proceso histórico. La cuestión está en intentar comprender mejor las relaciones humanas del pasado gracias a conceptos que tienen origen en circunstancias de la historia posterior. El imperialismo contemporáneo es un fenómeno propio de la sociedad capitalista avanzada. Los rasgos que lo definen como tal no pueden encontrarse en el mundo antiguo. Pero, tal vez, el examen de algunas de sus características puede resultar fructífero. El estado imperialista impone sus normas sobre los controlados. Gracias a ello, en ese estado, el conflicto social permanece latente y aparentemente mitigado; se hace posible en él la «concordia» social, apoyada en el provecho material resultante de su situación privilegiada, pero también al montaje ideológico que convence a la comunidad de su superioridad como tal. En cierta medida, el conflicto social se exporta, por vía económica y por vía ideológica.

De otro lado, en los estados sometidos se produce una extracción económica y un control político y social. La intervención directa es variable. Lo importante es la colaboración de las clases dominantes, total o parcialmente, con la potencia imperialista. La «concordia» existente en ésta se convierte en teoría en el modelo que todo estado sometido trata de alcanzar. Pero sus condiciones de explotación no permiten, naturalmente, que ese objetivo se alcance.



Agora

Ste-Croix (1954) planteó el problema teniendo en cuenta parcialmente estos criterios. El hecho de que el *demos* de las ciudades aliadas colaborara con Atenas y la oposición estuviera representada habitualmente por

las oligarquías, lo llevaba a rechazar la aplicación del concepto del imperialismo para el imperio ateniense. En varios ejemplos anteriormente citados, era evidente, en efecto, que tal colaboración existía y, a pesar de ciertas matizaciones y datos no fácilmente encajables, que corresponden más bien al período de la guerra del Peloponeso, también es cierto que la tendencia a la defección procede mayoritariamente de las clases dominantes.

Sin duda, la estructura de clases del mundo antiguo es difícilmente comparable con la de la sociedad contemporánea. Es preciso contar con la existencia de la esclavitud, con lo que la relación entre los libres, entre *demos* y oligarquía, como clases oprimida y dominante respectivamente, queda profundamente alterada cuando se la compara con la relación entre los «libres» del mundo contemporáneo. En definitiva, siempre, en la ciudad clásica, lo que se trata de conservar es la estructura esclavista, por lo que la relación, concorde o conflictiva, entre las clases libres, adopta formas peculiares.

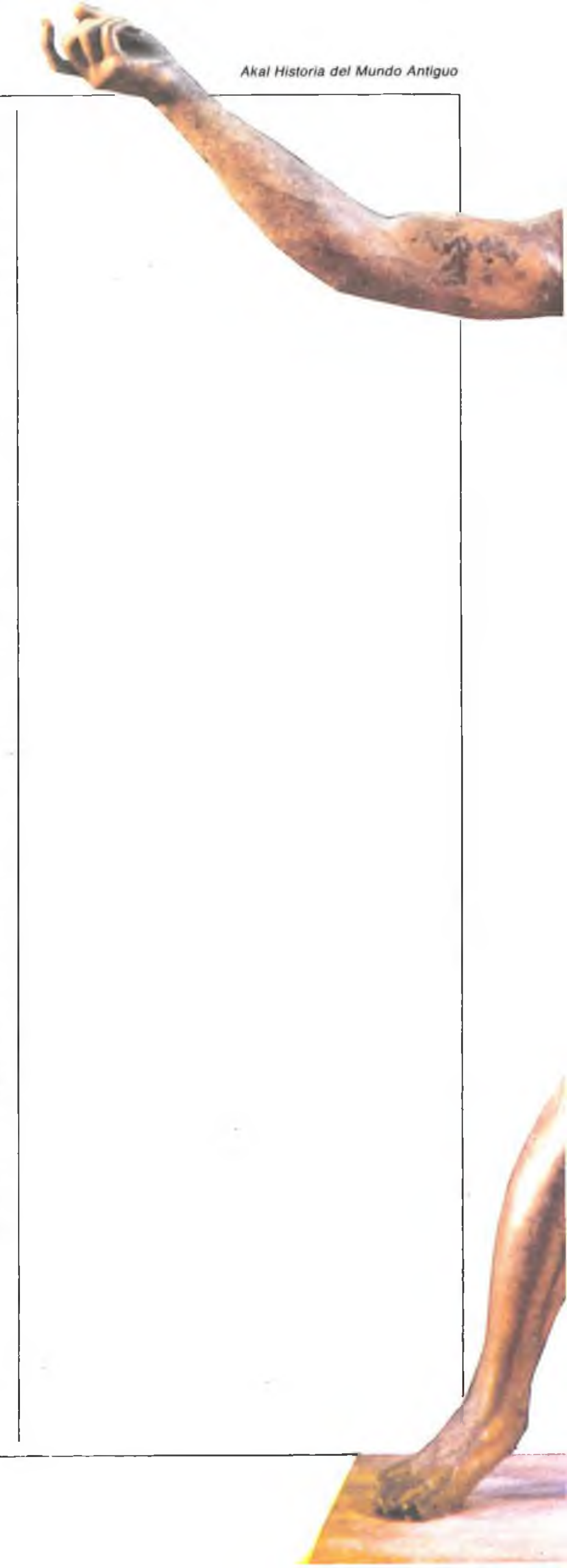
Democracia

La sociedad ateniense, dentro de las sociedades antiguas, alcanza una estructura democrática no comparable a la de ninguna otra ciudad. Su fundamento es la existencia de la esclavitud. Pero lo que le permite alcanzar ese grado de «democracia» es también la existencia del imperio. Gracias a él, los componentes del *demos* ateniense pueden dedicarse a la función pública, tanto en la Asamblea como en los jurados, y tienen la posibilidad de obtener su modo de vida en la colaboración militar, sobre todo en la flota, pero también puede transformarse en hoplita mediante la institución de la cleruquía. Ahora bien, de otro lado, también los poderosos se ven beneficiados por el imperio. La expansión, en definitiva, ha sido obra suya. Para la satisfacción del *demos*, por tanto, no es preciso que la clase dominante pierda sus privilegios, ni es preciso, para conservar éstos, que el *demos* sea oprimido directamente. La peculiaridad de la ciudad de Atenas, dentro del mundo antiguo, ha consistido precisamente en que el *demos*, la población no poseedora de tierras, alcanza la ciudadanía y no se transforma en clase dependiente. La esclavitud de esclavos comprados permite el inicio del proceso, y el imperio proporciona las condiciones para que llegue a su apogeo.

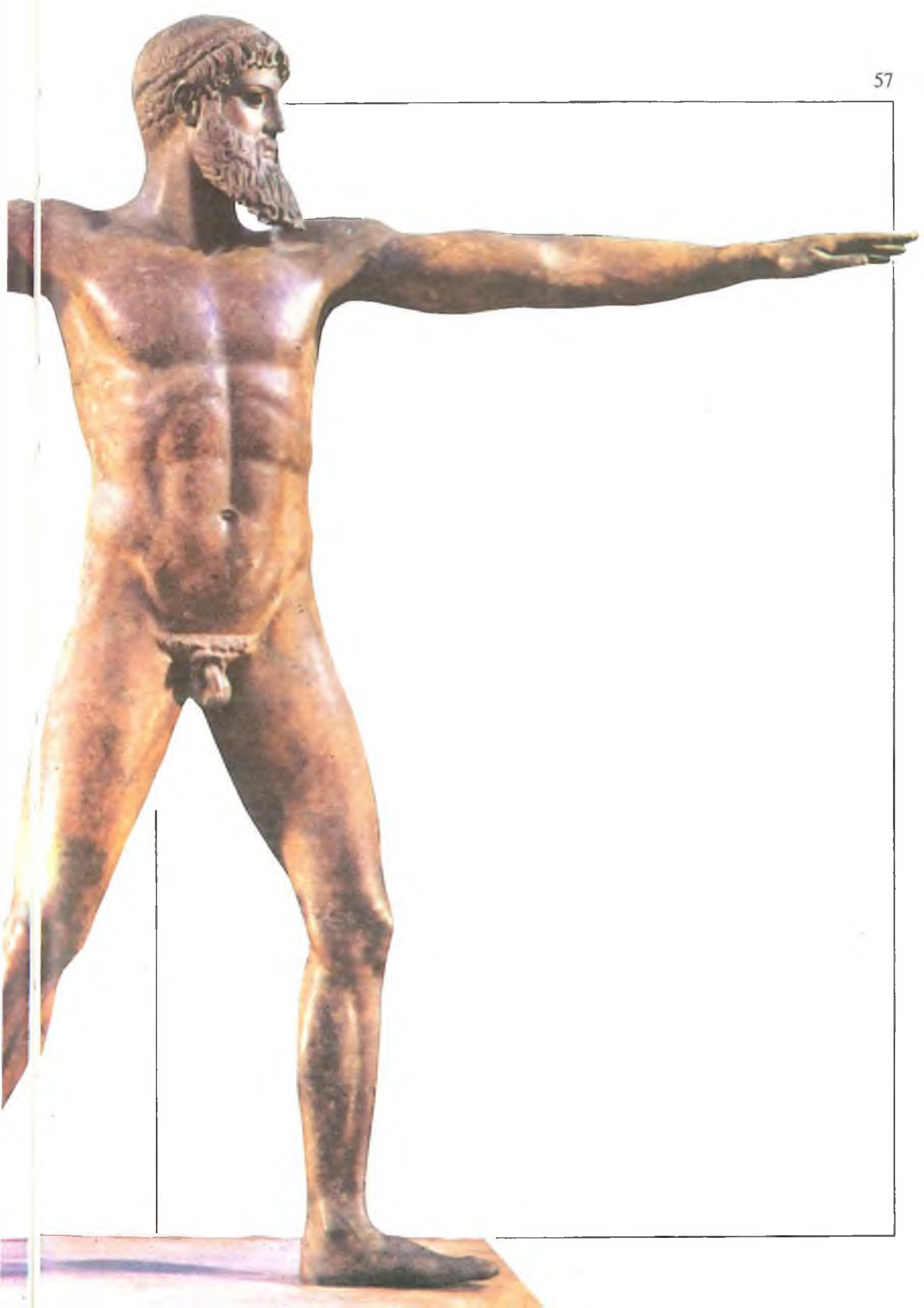
La democracia se fundamenta, pues, en la concordia interna entre libres, y esa concordia se logra gracias al imperio. Eso quiere decir que las ciudades sometidas son las que sostienen la concordia ateniense, a ellas se ha exportado el conflicto social. La aportación económica se hace a partir de la riqueza existente, que, naturalmente, pertenece a la clase dominante. Esta extrae los beneficios, de un modo o de otro, de los sectores sometidos. Allí, por tanto, no sólo no es posible la concordia sobre el fundamento de un dominio externo, sino que el hecho de que la ciudad esté sometida aumenta las necesidades de extracción. El conflicto social, pues, se agudiza. En principio, la intervención ateniense no influye en las formas de organización social de los aliados. Pero, por un lado, como el *demos* ateniense adquiere de hecho capacidad decisoria dentro de la Asamblea, impone por razones ideológicas la tendencia a favorecer al *demos*, en la idea de que, en las ciudades, éste podría alcanzar la misma situación de que disfruta en Atenas. Esta se convierte en modelo de toda Grecia. Por otro lado, el *demos* de las ciudades intenta alcanzar ese modelo, para lo que le es imprescindible el apoyo ateniense. Su posibilidad de gozar de un sistema democrático sólo existe si Atenas está presente, pues su ciudad no disfruta de un imperio que sustente su libertad y su participación.

Ahora bien, la presencia ateniense significa la presión económica sobre los poderosos. El *demos* gobernante intentará que no recaigan sobre él las repercusiones de tal presión. Todo depende, en definitiva, del desarrollo, en cada caso, del sistema de explotación esclavista. La abundancia de esclavos de Quíos es factor que seguramente hay que tener en cuenta para comprender por qué no hubo allí problemas hasta que la guerra del Peloponeso había entrado en su fase crítica.

Puede decirse, por tanto, que existen unas relaciones imperialistas, encabezadas por una ciudad organizada sobre la base de la esclavitud, que impone sus condiciones a otras y les extrae parte del beneficio, y que disfruta, gracias a ello, de un sistema que se convierte para todas las demás en modelo inalcanzable. Teóricamente, la propia ciudad dominadora apoya los intentos de llegar a él, pero las mismas condiciones del modo de dominio lo impiden de manera absoluta. Las mismas condiciones de que disfruta Atenas son el obstáculo para lograr la transferencia del modelo que se trata de exportar. Sin embargo, al mismo tiempo, es imprescindible que exista el modelo, pues ello posibilita la adhesión de determinados sectores sociales y su apoyo para continuar ejerciendo el dominio. Ahora bien, es importante precisar que Atenas sólo apoya al *demos* cuando surge el conflicto interno o la tendencia a la defección, fenómenos que van normalmente unidos. En la perspectiva ateniense, si el sistema oligárquico permanece fiel, no hay nunca intervención para propiciar un cambio democrático.



Estatua de bronce representando a Zeus o a Poseidón procedente de Artemision
(Hacia el 460-450 a.C.)
Museo Nacional de Atenas



La democracia ateniense

La única democracia «real» es, pues, la ateniense. A lo largo de todo el proceso que parte de Solón se ha llegado a una situación en que el derecho de ciudadanía no es un complemento de la posesión de tierras, sino que es más bien una garantía contra la posibilidad de caer en la esclavitud, sistema en expansión paralela al proceso señalado.

Sólo la adopción de la esclavitud permite la libertad del ciudadano y la ciudadanía del no propietario... La estructura de Solón y la introducción de *neopolitas* en la época de Clístenes creó las condiciones: los potencialmente esclavos se hicieron ciudadanos. La fuente de esclavos sería la compra y el dominio exterior. Los *thetes,* no poseedores de tierras, identificados en el resto de Grecia con personas próximas a la dependencia, disfrutan en Atenas del derecho de ciudadanía. Donde la tierra es condición indispensable para poseerlo, este derecho tiene también una dimensión militar, la participación en el ejército de hoplitas. La identificación con la ciudad significa también la capacidad y el derecho a defenderla.

Las Guerras Médicas y la actitud de Temístocles hicieron que la defensa naval se convirtiera en el fundamento militar de la ciudad de Atenas. En la flota, los *thetes* se convierten también en defensores de la ciudad. Por ello desempeñaron al mismo tiempo un papel importante en el proceso expansivo del siglo V, y por ello tuvieron la fuerza suficiente para que esa expansión no repercutiera sólo en la riqueza de sus promotores, sino que sirviera efectivamente para la profundización de la democracia, lo que se produjo, de modo destacado, en época de Pericles. Esclavitud e imperialismo son los dos factores, sucesivos y superpuestos, que permiten la democracia en el grado que se alcanzó en Atenas.

Individuo y colectividad

Otro factor importante, para su comprensión total, es el papel desempeñado por las personalidades pertenecientes a las grandes familias. En la sociedad aristocrática, la política está en sus manos, y se ejerce por medio de una serie de relaciones familiares y de amistad (*philía*). Estas se encuadran frecuentemente en organizaciones más amplias, como la *hetairía,* que proyectan tales relaciones y se fundamentan en instituciones aristocráticas. En el proceso social que lleva a la democracia, tales familias no dejan de desempeñar un papel protagonista, ni en la tiranía, ni en la legislación, ni en las reformas de cualquier orden. Clístenes pertenecía a la familia de los Alcmeónidas, una de las más prestigiosas dentro de la tradición.

En el período que aquí se estudia, el papel desempeñado por Aristides y Cimón ha sido importantísimo. Las condiciones creadas por las guerras médicas han abierto para ellos nuevas perspectivas. La expansión camuflada bajo la continuación de la lucha contra los persas sirve para adquirir riquezas, reproducir el sistema esclavista, obtener la colaboración de los *thetes* y conservar la concordia interna en la ciudad, al tiempo que se gobernaba de modo aristocrático y se ganaba prestigio y poder por medio de la «beneficencia». El sistema, sin embargo, engendraba su propia destrucción. La colaboración de los *thetes* los convirtió en protagonistas y condujo a crear la necesidad de las transformaciones democráticas. Pericles desempeñó en ellas un protagonismo indudable. El pertenecía también a la familia de los Alcmeónidas. Pero, así como otros miembros de la aristocracia reaccionaria trataron de aglutinar a su clase y crear una oposición hasta quedar aislados y reducidos a una especie de semiclandestinidad tras el ostracismo de Tucídides el hijo de Melesias, Pericles se adaptó a las circunstancias. No

estaba solo. Seguirá habiendo aristócratas que colaboren con él y con la democracia. Con todo, la figura de Pericles fue un tanto excepcional: renunció a sus amigos y a su *hetairía* y se puso al frente de «la ciudad». Era la función precisa, la del aristócrata que representa, justamente por el hecho de serlo, a la ciudad *toda*. Esta constituye una integración social, pero no deja de ser significativo que tal integración tenga a su frente a un aristócrata: es él quien puede convertirse en la imagen y representación de la totalidad.

Se insiste en el poder personal de Pericles como *prôtos anér*, «primer varón», se habla de su carácter de «estratego de todos», frente a los demás, que representaban cada uno a su tribu, se recuerda el párrafo de Tucídides que dice que Atenas en su tiempo era «de nombre» una democracia, pero «de hecho» el gobierno de un solo hombre. Pero también hay que tener en cuenta que Pericles nunca tuvo un poder que se saliera de la norma democrática ni que dejara que estar sometido a la rendición de cuentas, y que, si fue protagonista de la vida política ateniense, es porque lo elegía cada año la Asamblea del *demos*. Si «controlaba» al *demos*, como dice Tucídides, es porque, en sus tiempos, en el apogeo del imperio, era posible la concordia y las aspiraciones del *demos* como tal se encontraban satisfechas con la política que él seguía.

Conclusión

En la Pentecontecia, una ciudad desempeña el protagonismo de manera indiscutible: Atenas. Es época de estabilidad y prosperidad, pero en ellas se oculta un fuerte elemento de complejidad. Existe la paz sostenida por la guerra y la intervención, a la concordia subyace el conflicto social, detrás de la libertad está el imperialismo y la esclavitud, el poder colectivo se ejerce en tensión dinámica con el poder individual. La representación superficial hace que aparezca como una edad de oro. Y en gran medida esta apariencia responde a la realidad. Precisamente por eso es edad de oro, porque la apariencia es real y al mismo tiempo no lo es. Es decir, detrás de ella hay un mundo conflictivo, contradictorio y dinámico que da fuerza a todas las formas en que se manifiesta. El clasicismo es tal porque subyace en él la historia del hombre real, porque, a través de formas aparentemente estáticas, se trasluce toda la tragedia del hombre inmerso en la lucha social.

Bibliografía

1. General

Davies, J.K.: *Democracy and Classical Greece,* Glasgow, Fontana, 1978, 284 págs. (trad. esp., Madrid, Taurus).

Hammond, N.G.L.: *History of Greece to 322 B.C.,* Oxford, Univ. Press, 1959, (2.ª ed. 1967), 692 págs.

Will, E.: *Le monde grec et l'Orient. I. Le Ve Siècle (510-403),* París, PUF, 1972 (2.ª ed. 1980), 726 págs.

2. Clasicismo

Bianchi-Bandinelli, R.: *L'Arte classica,* Roma, Editori Riuniti, 1984, 324 págs.

3. Esparta

Andrewes, A.: «Spartan Imperialism?», en **Garnsey, P.D.A., Whittaker, C.R.:** (ed.), *Imperialism in the Ancient World,* Cambridge Uni. Press, 1978, pp. 91-102.

Cartledge, P.: *Sparta and Lakonia. A Regional History, 1300-362 B.C.,* Londres, Routledge & Kegan Paul, 1979, 410 págs.

Forrest, W.G.: *A History of Sparta 950-192 B.C.,* Londres, Hutchinson, 1968, 160 págs.

Oliva, P.: *Sparta and her Social Problems,* Amsterdam, Praga. A.M. Hakkert, 1971, 347 págs. (trad. esp. Madrid, Akal.).

Wolski, J.: «*Medismos* et son importance en Grèce à l'époque des guerres Médiques», *Historia,* 22, 1973, pp. 3-15.

4. Liga de Delos. Imperio ateniense. Atenas en la Pentecontecia

Finley, M.I.: «The Fifth-Century Athenian Empire: a Balance-Sheet», en P.D.A. Garnsey, C.R. Whittaker, *Imperialism in the Ancient World,* Cambridge Univ. Press, 1978, pp. 103-126. (Trad. esp. en *La Grecia antigua. Economía y sociedad,* Barcelona, Crítica).

Hammond, N.G.L.: Studies in Greek History, *A Companion Volume to A History of Greece to 322 B.C.,* Oxford, Univ. Press, 1973, 574 págs.

Mattingly, H.B.: «The Athenian Coinage Decree», *Historia,* 10, 1961, pp. 148-188.

«The Peace of Kallias», *Historia,* 14, 1965, pp. 273-281.

Meiggs, R.: *The Athenian Empire,* Oxford, Univ. Press, 1972 (reed. 1979), 620 págs.

«The Gowths of Athenian Imperialism», *JHS,* 63, 1943, pp. 21-34.

Nenci, G.: «La formación y naturaleza del imperio ateniense», en R. Bianchi-Bandinelli, (dir.), *Historia y civilización de los griegos,* Barcelona, Icaria, III, 1981, pp. 50-97.

Rhodes, P.J.: *The Athenian Empire (Greece and Rome. New Surveys in the Classics,* n.º 17), Oxford, Univ. Press, 1985, 47 págs.

Sainte-Croix (de), G.E.M.: «The Character of the Athenian Empire», *Historia,* 3, 1954, pp. 1-41.

The Origins of the Peloponnesian War, Londres, Duckworth, 1972, 444 págs.

Schrader, C.: *Las paz de Calias*, Barcelona, Instituto de Estudios Helénicos, 1976, 217 págs.

Wade-Gery, H.T.: *Essays in Greek History*, Oxford, Blackwell, 1958, 301 págs.

Will, E.: «Fonctions de la monnaie dans les cités grecques de l'époque classique», en *Numismatique antique. Problèmes et méthodes. Actes du colloque... Nancy... 1971*, Nancy, Lovaina, Peeters, 1975, pp. 233-246.

Woodhead, A.G.: «The Institution of the Hellenotamiae», *JHS*, 79, 1959, pp. 149-152.

5. Esquilo y la *Orestía*

Thompson, G.: *Aeschylus and Athens. A Study in the Social Origins of Drama*, Londres, Lawrence & Wishart, 1946 (4.ª ed. 1973), 374 págs.

6. Sociedad ateniense

Lévêque, L.: «Les différenciations sociales au sein de la démocratie athénienne du V[e] siècle», en *Ordres et classes. Colloque d'histoire sociale, Saint-Cloud 24-25 mai 1967*, París, Mouton, 1973, pp. 13-22 (trab. esp. Madrid, Siglo XXI).

Plácido, D.: «Esclavos Metecos», *In Memoriam. Agustín Días Toledo*, Granada-Almería, Univ. de Granada, 1985, pp. 297-303.

7. Ideología

Mazzarino, S.: *Il pensiero stornico classico*, Roma, Laterza, 1965 (4.ª ed. 1974), 3 vol.

Plácido, D.: «La proyección ideológica de la democracia ateniense», *Estudios de la Antigüedad*, 1, 1984, pp. 5-21.

8. Fuentes

Ediciones críticas de los autores antiguos:

Facal, J.L., González, A.: *Repertorium Litterarum Graecarum*, Madrid, CSI. C, 1982, 411 págs.

Fornara, C.W.: *Translated Documents of Greece and Rome, vol. I. Archaic Times to the End of the Peloponnesian War*, Baltimore, Londres, John Hopkins Univ. Press, 1977, 231 págs.

Crawford, M., Whitehead, D.: *Archaic and Classical Greece. A Selection of Annient Sources in Translation*. Cambridge, Univ. Press. 1983, 634 págs.

Para mayor información bibliográfica, ediciones, traducciones de autores antiguos, abreviaturas usuales, etc., ver:

Plácido, D.: *Fuentes y bibliografía para el estudio de la Historia Antigua*, Madrid, Siglo XXI, 1983, 116 págs.

Cronología

490:
Batalla de Maratón.

481:
Formación de la Liga helénica.

480:
Batalla de Salamina.

479:
Batallas de Mícala y Platea.

478:
Expedición de Pausanias contra Chipre y Bizancio. Toma de Sesto por Jantipo.

478/7:
Liga de Delos.

477/6:
Ataque a Eón.

471/0:
Ostracismo de Temístocles.

466?:
Batalla del Eurimedonte.

465?:
Revuelta de Tasos.

464:
Terremoto de Laconia. Revuelta de hilotas. Tercera guerra mesenia.

461:
Reformas de Efialtes. Regreso del contingente ateniense. Ostracismo de Cimón. Primera guerra del Peloponeso.

459:
Expedición a Egipto.

459/8:
Sumisión de Egina.

458/7?:
Alianza con Egesta. Los zeugitas acceden al arcontado. Batallas de Tanagra y Enófita.

456/5:
Expedición de Tólmides en torno al Peloponeso.

454:
Orestía de Esquilo. Derrota ateniense en Prosopitis.

454/3?:
Pericles en el golfo de Corinto. Traslado a Atenas del tesoro de la Liga.

451:
La ciudadanía ateniense queda limitada a los hijos de padre y madre ateniense. Regreso de Cimón. Tregua de cinco años. Expedición de Cimón a Chipre. Muerte de Cimón.

450/49?:
Decreto milesio. Programa de reconstrucción de los edificios de Atenas por Pericles.

449:
Paz de Calias. Clerucos en Andros. Segunda guerra sagrada.

447/6:
Batalla de Queronea. Tratado de Atenas con Colofón. Decreto de Clinias. Inicio de la construcción de Partenón.

446:
Batalla de Coronea. Revuelta de Eubea. Paz de treinta años.

444/3:
Fundación de Turios.

441:
Revuelta de Samos.

440/39:
Alianza de Atenas con Leontinos, Regio y Catania.

439/8:
Tratado entre Atenas y Samos.

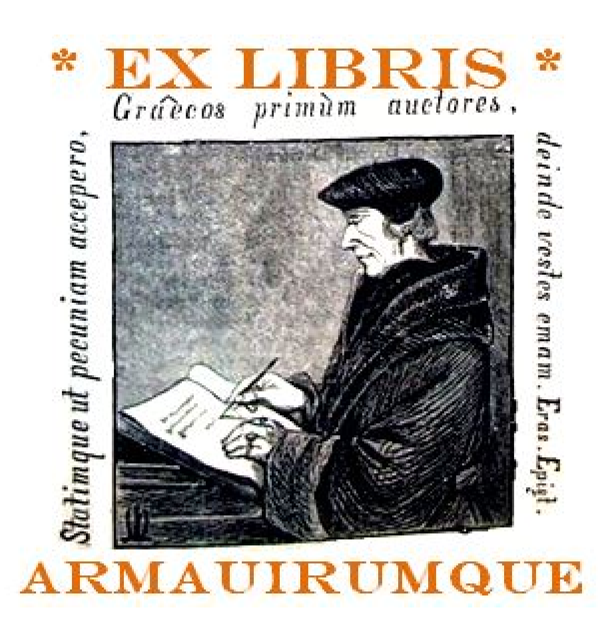
437/6:
Fundación de Anfípolis.

435/4:
Entrada de Metona en la Liga de Delos. Expedición de Pericles al mar Negro.

433:
Ayuda ateniense a Corcira. Ultimátum ateniense a Potidea.

432:
Decreto megárico.

431:
Inicio de la guerra del Peloponeso.





Esta historia, obra de un equipo de cuarenta profesores de varias universidades españolas, pretende ofrecer el último estado de las investigaciones y, a la vez, ser accesible a lectores de diversos niveles culturales. Una cuidada selección de textos de autores antiguos, mapas, ilustraciones, cuadros cronológicos y orientaciones bibliográficas hacen que cada libro se presente con un doble valor, de modo que puede funcionar como un capítulo del conjunto más amplio en el que está inserto o bien como una monografía. Cada texto ha sido redactado por el especialista del tema, lo que asegura la calidad científica del proyecto.

ORIENTE

1. **A. Caballos-J. M. Serrano,** *Sumer y Akkad.*
2. **J. Urruela,** *Egipto: Epoca Tinita e Imperio Antiguo.*
3. **C. G. Wagner,** *Babilonia.*
4. **J. Urruela,** *Egipto durante el Imperio Medio.*
5. **P. Sáez,** *Los hititas.*
6. **F. Presedo,** *Egipto durante el Imperio Nuevo.*
7. **J. Alvar,** *Los Pueblos del Mar y otros movimientos de pueblos a fines del II milenio.*
8. **C. G. Wagner,** *Asiria y su imperio.*
9. **C. G. Wagner,** *Los fenicios.*
10. **J. M. Blázquez,** *Los hebreos.*
11. **F. Presedo,** *Egipto: Tercer Período Intermedio y Epoca Saita.*
12. **F. Presedo, J. M. Serrano,** *La religión egipcia.*
13. **J. Alvar,** *Los persas.*

GRECIA

14. **J. C. Bermejo,** *El mundo del Egeo en el II milenio.*
15. **A. Lozano,** *La Edad Oscura.*
16. **J. C. Bermejo,** *El mito griego y sus interpretaciones.*
17. **A. Lozano,** *La colonización griega.*
18. **J. J. Sayas,** *Las ciudades de Jonia y el Peloponeso en el período arcaico.*
19. **R. López Melero,** *El estado espartano hasta la época clásica.*
20. **R. López Melero,** *La formación de la democracia ateniense, I. El estado aristocrático.*
21. **R. López Melero,** *La formación de la democracia ateniense, II. De Solón a Clístenes.*
22. **D. Plácido,** *Cultura y religión en la Grecia arcaica.*
23. **M. Picazo,** *Griegos y persas en el Egeo.*
24. **D. Plácido,** *La Pentecontecia.*
25. **J. Fernández Nieto,** *La guerra del Peloponeso.*
26. **J. Fernández Nieto,** *Grecia en la primera mitad del s. IV.*
27. **D. Plácido,** *La civilización griega en la época clásica.*
28. **J. Fernández Nieto, V. Alonso,** *Las condiciones de las polis en el s. IV y su reflejo en los pensadores griegos.*
29. **J. Fernández Nieto,** *El mundo griego y Filipo de Macedonia.*
30. **M. A. Rabanal,** *Alejandro Magno y sus sucesores.*
31. **A. Lozano,** *Las monarquías helenísticas. I: El Egipto de los Lágidas.*
32. **A. Lozano,** *Las monarquías helenísticas. II: Los Seleúcidas.*
33. **A. Lozano,** *Asia Menor helenística.*
34. **M. A. Rabanal,** *Las monarquías helenísticas. III: Grecia y Macedonia.*
35. **A. Piñero,** *La civilización helenística.*

ROMA

36. **J. Martínez-Pinna,** *El pueblo etrusco.*
37. **J. Martínez-Pinna,** *La Roma primitiva.*
38. **S. Montero, J. Martínez-Pinna,** *El dualismo patricio-plebeyo.*
39. **S. Montero, J. Martínez-Pinna,** *La conquista de Italia y la igualdad de los órdenes.*
40. **G. Fatás,** *El período de las primeras guerras púnicas.*
41. **F. Marco,** *La expansión de Roma por el Mediterráneo. De fines de la segunda guerra Púnica a los Gracos.*
42. **J. F. Rodríguez Neila,** *Los Gracos y el comienzo de las guerras civiles.*
43. **M.ª L. Sánchez León,** *Revueltas de esclavos en la crisis de la República.*
44. **C. González Román,** *La República Tardía: cesarianos y pompeyanos.*
45. **J. M. Roldán,** *Instituciones políticas de la República romana.*
46. **S. Montero,** *La religión romana antigua.*
47. **J. Mangas,** *Augusto.*
48. **J. Mangas, F. J. Lomas,** *Los Julio-Claudios y la crisis del 68.*
49. **F. J. Lomas,** *Los Flavios.*
50. **G. Chic,** *La dinastía de los Antoninos.*
51. **U. Espinosa,** *Los Severos.*
52. **J. Fernández Ubiña,** *El Imperio Romano bajo la anarquía militar.*
53. **J. Muñiz Coello,** *Las finanzas públicas del estado romano durante el Alto Imperio.*
54. **J. M. Blázquez,** *Agricultura y minería romanas durante el Alto Imperio.*
55. **J. M. Blázquez,** *Artesanado y comercio durante el Alto Imperio.*
56. **J. Mangas-R. Cid,** *El paganismo durante el Alto Imperio.*
57. **J. M. Santero, F. Gascó,** *El cristianismo primitivo.*
58. **G. Bravo,** *Diocleciano y las reformas administrativas del Imperio.*
59. **F. Bajo,** *Constantino y sus sucesores. La conversión del Imperio.*
60. **R. Sanz,** *El paganismo tardío y Juliano el Apóstata.*
61. **R. Teja,** *La época de los Valentinianos y de Teodosio.*
62. **D. Pérez Sánchez,** *Evolución del Imperio Romano de Oriente hasta Justiniano.*
63. **G. Bravo,** *El colonato bajoimperial.*
64. **G. Bravo,** *Revueltas internas y penetraciones bárbaras en el Imperio.*
65. **A. Giménez de Garnica,** *La desintegración del Imperio Romano de Occidente.*